

A photograph of a pink ice cream sundae in a glass dish with a gold rim, topped with two pink heart-shaped lollipops on sticks. In the foreground, there are two pink cupcakes with pink frosting and gold sprinkles. The background is a light, textured surface. The text "Dulce Prohibido" is overlaid in a black, cursive font.

# Dulce Prohibido

INGRID PETOV

Dulce prohibido

Ingrid Petov

© Petov, Ingrid[Primera edición: Mayo de 2020]

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Se pueden querer muchas cosas y de múltiples formas pero nunca habrá algo que se haga más apetible que aquello que tenemos totalmente prohibido por muy dulce que sea.

© Petov, Ingrid [Primera edición: Mayo de 2020]

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

Índice:

Capítulo 1:	9
Capítulo 2:	14
Capítulo 3:	25
Capítulo 4:	31
Capítulo 5:	36
Capítulo 6:	43
Capítulo 7:	49
Capítulo 8:	55
Capítulo 9:	61
Capítulo 10:	85
Capítulo 11:	94
Capítulo 12:	104

© Petov, Ingrid [Primera edición: Mayo de 2020]

ISBN-

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados

## Capítulo 1

Intenté <<Toca mi cuerpo con sus fuertes manos y soy capaz de deslizar las mías por su fibrosa espalda. Me detengo seguidamente en sus marcados abdominales y en sus trabajados hombros. El sudor corre entre nosotros gracias a la lujuria y el deseo. Mis uñas arañan su piel y mis dientes agarran con suavidad el lóbulo de su oreja. Es tan perfecto que parece irreal...>>

–¡Amaaanda! –La voz de mi madre me despierta devolviéndome a la cruda realidad. Esa en la que no tendré nunca un hombre así. –¡Amanda no lo repetiré!

El desayuno debe estar listo y eso es un gran alivio porque, desde que me despierto, tengo un hambre voraz. Me pongo una sudadera de mi talla, es decir una XXL, con noventa kilos de peso, es la única que me queda bien. Unos leggins para no sentirme apretada dentro de la ropa, y estoy lista. Odio que mi cuarto esté en el último piso de la casa. Me hace bajar escalones cada día. En la encimera de la cocina tengo huevos fritos, bacon y tortitas. Todo a completar con el sirope. Mientras hago las pausas dentro de mi desayuno me deleito con la imagen de un pequeño pájaro que hay en mi ventana. Quizá, como moverme cada vez me resulta más molesto, me gusta tanto la fotografía. Desde mi quietud me fijo en cosas que para otras personas pasan desapercibidas. Ojalá también pasaran de esa forma para mí. Significaría que tengo algo mejor que hacer.

–¿Puedes traerme helado cuando vuelvas? –Mi madre coge las llaves del coche y se gira para mirarme solo una vez cuando oye mi pregunta que más bien parece una súplica. Niega un poco con la cabeza pero sé que lo traerá. No sé por qué le molestaría a ella lo que yo comiera. –¡Gracias! – Grito siendo consciente de que aún debería poder oírme.

¿Y ahora cuál es el plan del día? Saldré al jardín de atrás con mi cámara fotográfica para sentarme bien a gusto al sol sin que nadie tenga que observarme y esperar a que algún pequeño animalito se pose de manera curiosa a mi vista para poder fotografiarlo. Hay quien dice que debería salir más y que, de ese modo, también frenaré un poco mi creciente subida de kilos, pero no estoy tan mal, solo habré engordado unos veinte kilos en los últimos años, quizá treinta. Todo es circunstancial.

Además, no me impide hacer nada de lo que me gusta. O eso intento creer.

Por suerte para mis dudas tengo una nevera en el jardín y puedo aplacar mis pensamientos con un buen polo de vainilla. Lo saboreo como si fuera lo más feliz que tendré en el día y, muy probablemente, así sea.

Un pájaro de colores curiosos por fin ha hecho acto de presencia y destapo el objetivo de mi cámara. Me concentro en no respirar demasiado alto como para asustarle. Lo tengo a tiro. Es una fotografía que quedará preciosa. Ya casi está.

Un ruido estrepitoso lo espanta y me pregunto qué diablos es eso en la casa abandonada de mi vecino. Muy a disgusto aparto la manta que cubría mis piernas y me acerco al muro que nos separa. ¿Un camión de mudanza? ¿Se ha vendido por fin la casa abandonada del pueblo?

Voy a girarme de nuevo, volver a mi tranquilidad, a mi comida, a mi rutina de vida... ¿Ese quién es? Un chico, prácticamente con el que habré soñado toda mi vida desciende del camión sin camiseta. Sus músculos perfectamente marcados cual escultura con su cincel. La cintura acabada en uve. El cuello en una perfecta ele. Brazos como para poder imaginármelo sosteniéndome.... Eso debe ser pecado.

Su rostro angelical gira en mi dirección y me tiro, literalmente, por mi césped para no ser vista. Hecho una ojeada entre los palos de madera que nos separan y puedo fijarme en que su sonrisa está llena de perlas blancas y sus ojos son verdes. ¿Habré visto o soñado alguna vez un hombre como ese? Revuelve su pelo negro como el azabache mientras se rocía con una botella de agua intentando aplacar el sudor. Es la imagen más erótica que habré visto en mi vida y, aunque no debo, dejo caer el dedo sobre el botón de la cámara para inmortalizar ese momento. Estoy eufórica y algo excitada. Al menos tendré algo mejor que contemplar cada mañana aunque sea desde un ángulo muerto. ¿Me convierte eso en alguna clase de perversa? No lo creo. Quizá si midiera unos cuantos centímetros más y pesara algunos kilos menos simplemente iría y diría “Ey, Hola, soy tu vecina. Creo que tenemos más o menos la misma edad y si no conoces la ciudad podría enseñártela”. Pero la realidad es muy distinta. Posiblemente un tío como él se reiría de los sueños bienintencionados de una gordita que aún vive con su madre. No cabría en un vestido de

lentejuelas de los que posiblemente desabrocha cada noche y nunca probaré sus labios, los cuales, por alguna razón, sospecho que saben a té de limón.

Me arrastro por el césped a cuatro patas hasta llegar a la cristalera que da al salón. Me pongo el pie con algo de dificultad y cierro la puerta corredera tras pasar. Cierro al sol y al chico que podría ser mi mayor y la más dulce tentación.

—¿Amanda? —La voz de mi madre me sobresalta de nuevo en la mañana. Me mira de arriba abajo preguntándose por qué tengo barro en los pantalones a la altura de las rodillas. —Al final te lo he traído. Pero es el último. —Deja la terrina sobre la mesa aunque ambas sabemos que mañana traerá más. La cojo para subir lo más rápido posible a mi cuarto. Desde mi ventana, se ve parte de la casa de mi vecino.

## Capítulo 2

Desde luego es impresionante. Habrán pasado un par de horas desde que lo vi por primera vez y no he podido despegarme de su espectacular cuerpo. Está acompañado por otros dos chicos, bastante guapos también que le ayudan a ir descargando sus cosas del camión. Por un momento he tenido pánico a que no fuera él quien se mudaba, pero fijándome de manera psicótica en todos los movimientos que hacen, he deducido que es él quien se quedará. ¿Por qué? Bastante simple, decide donde irá cada mueble.

–Mamá. –Espero algunos minutos. Está ágil y enseguida atenderá mi llamada aunque tenga que subir tres pisos. –¿Cuánto falta para comer? –Sólo puedo pensar en eso. Es lo que hago cuando tengo ansiedad. ¿Por qué tengo ansiedad en este preciso momento? Bueno, en realidad, es ya parte de mi rutina. Sé que no puedo cambiar lo que soy, lo que como y lo que hago. –¿Tienes algo para picar mientras se termina lo que estés haciendo? –La oigo resoplar y eso me pone bastante nerviosa. Yo no tengo la culpa de que ella no me entienda. Está delgada. ¿Cómo salí yo gorda entonces? Parece ser que mi padre, ser inexistente en mi vida por otra parte, era de talla grande.

Me deja unos nachos con queso a los pocos minutos frente a mí y se va negando con la cabeza. Por alguna razón no está conforme con la forma en la que como. No es su problema. Es mi cuerpo. En ocasiones me dice que si sigo así acabaré con trescientos kilos. Creo que es muy exagerado.

Miro por la ventana de nuevo y, para mi decepción, no está ninguno de ellos en el jardín. Bajo los escalones hasta la cocina y veo que mi madre está preparando algo sano. Siempre intenta lo mismo. No me molesto en intentar explicárselo. Cojo el teléfono y pido una pizza. Por suerte, en esta calle todo llega enseguida. Llaman a la puerta.

–Ya voy yo. –Le grito a mi madre. Vivimos solas así que, nadie más va a ir.

–Hola. – ¡No puede ser! ¡El chico del jardín de al lado! Su sonrisa me deja helada. ¿Qué ropa llevo? Mierda, voy prácticamente vestida como si fuera un chico. –Soy el nuevo vecino, venía a presentarme. Soy Zac. –Avanza para darme dos besos y sólo puedo seguir mirando.

–Traigo las dos pizzas. –El repartidor nos interrumpe y me pregunto por qué tiene que ver mi

vecino lo que yo como. Mi madre se acerca y contempla la situación. Paga al chico. –Gracias.

–¿Vecino entonces? ¿Vives solo? –Asiente y yo aprovecho para irme sin decir nada hacia mi cuarto.

¿Podría haber salido peor? No tenía pensado que me viera en persona en la vida. Ahora sí que pienso comerme esas dos pizzas. ¿Un helado también? Miro al techo. Estoy tan empachada que solo quiero dormir.

Abrir los ojos se me hace difícil, y más teniendo en cuenta que en mis sueños soy como quiero ser. Espero que el desayuno esté hecho. Calmar la ansiedad de levantarse en mi peso y en mi vida no es una opción, es una necesidad.

Lo único que me anima es que hoy empieza el maratón de mazmorreros, un juego de realidad virtual con misiones de 360 horas reales en los que me evadiré de mi vida.

Mi madre, de la que cabe decir que tiene un cuerpo prodigioso por el que por más que coma no engorda, tiene la teoría de que si dedicara todo el tiempo que invierto en el juego a hacer deporte, sería exactamente como quiero ser. Nunca me molestó en gritarle lo que pienso de su opinión porque, en el fondo, creo que no tiene la capacidad de entenderme.

Tengo veinticinco años y, desde que tengo memoria, siempre he estado por encima de mi peso recomendado. Al principio no puede decirse que la culpa fuera mía ya que era una niña y me alimentaban mis padres con lo que creían conveniente. En la adolescencia ya la cosa varió. Me explicaron que, a ese ritmo, no estaría precisamente en la cabeza de la lista de buenorras del instituto, pero no le di importancia ¿Quién quería que los chicos se fijaran en mí? Yo me divertía jugando online y con mis amigas de toda la vida.

Con el tiempo descubrí que más que amigas habíamos sido piedras en un mismo camino. Todas y cada una de ellas fueron echándose novios. Algunos de una semana y otros con los que ya formalizaban. Pero las quedadas de los viernes, esas divertidas para ir al cine o a los bolos y cenar, se terminaron. Todo se redujo a un chat de grupo en el que todas manifestaban lo bien que estaría vernos pero que, al momento de darse la quedada, aparecían las excusas, cada cual más elaborada.

Fue a los veintidós que, en una noche de soledad y coraje, decidí decirles adiós simplemente saliéndome del grupo. No sé si con ello esperaba algún tipo de reacción, pero nunca llegó. Aunque sé que nada cambió, me hizo sentirme mucho más sola, así que recurrí a personas cuya adicción al juego las hacía leales, constantes y presentes. Los equipos de la mazmorra, el juego virtual más real creado hasta el momento.

Y así pasé los días jugando y comiendo sin ver si quiera la luz del sol. No me hacía falta. Dejé de ir a clase. ¿Por qué? Era esa chica gordita que no llegaría a nada en la vida ni se haría fotos para las redes sociales.

Pero nada importaba ya. Me pongo los cascos comprobando que el micrófono funciona y empiezo a dar saludos efusivos a los avatares de mis compañeros. Me distraigo un minuto al ver movimiento en la parcela de mi vecino. Al principio mi intención es echar un simple vistazo, pero al verle comenzar a ejercitar su fibroso cuerpo, me entretengo más de lo deseado.

–¿Se puede saber en qué estás pensando Riuka? – La llamada de atención resuena con fuerza en mis oídos. Riuka es mi nombre virtual y ellos, no conocen otro. –Concéntrate o te retaré para convertirme en líder de grupo. –Que Kugami me amenace es señal de que estoy jugando realmente mal.

Lo intento, de verdad que sí. Pero no puedo olvidarme de Zac. Por suerte para mi equipo, para cuando va a empezar la guerra campal, ya se ha metido de nuevo en su casa. Ganamos sin problema tras cuatro horas intensas.

–Buena partida chicos. –Digo antes de desconectarme. –Mañana todos aquí a la misma hora.

Una chica bastante mona trae el cubo de pollo frito que he pedido. Lo devoro frente a la ventana esperando a ver si sale de nuevo. Lo hace. Doy unas absurdas palmaditas de felicidad. Quizá esté enferma.

¡Mierda! Su mirada cruza con la mía. ¿Por qué me ha tenido que pillar espiándole como si fuera una loca? ¿Qué voy a hacer ahora?

Bien, tranquilidad Amanda, lo bueno de esto es que no voy a tener que verlo en persona jamás.

–Tu prima llega a la estación de tren en una hora. –Miro de reojo a mi madre con la esperanza de

que vea mis pocas ganas de ir. –Tienes que ir, yo tengo que trabajar.

Cojo las llaves del todoterreno, lo bueno de ese coche es su amplitud. Lo malo del mismo es que lo usaré para traer a la repelente de mi prima hasta aquí. Por alguna razón a nuestras respectivas madres se les ha ocurrido que como ninguna de nosotras es muy sociable, nos vendría bien estar unidas.

Espero ver su melena a lo Cleopatra lo que me parece una eternidad.

–Hola prima, no me comas. – Lo dice como si fuera una broma pero sé que lo piensa en serio.

–Claro prima. No te pongas de perfil que te transparentas. –Está muy delgada, la envidio por ello. Pero no es el motivo de mi odio acérrimo hacia ella. Eso, es otra historia.

–Uy. ¿Se puede saber quién es el fornido muchacho? – Dice nada más bajar del vehículo.

–Mierda. –Es lo único que consigo decir. ¿Por qué Zac se dirige directamente hacia nosotras? – Vamos Patty. –Sólo espero que me haga caso por una vez y no se detenga a coquetear. Que lo haga en otro momento.

–Yo soy Patty. –Me giro y veo que mis deseos no han sido concedidos. – Viviré con mi tía y mi querida prima un tiempo.

–Oh, genial. –Le da dos besos. – Yo soy Zac. Doy una fiesta para inaugurar la casa esta noche, podríais venir. –Sugiere. ¿Me invita sólo por cortesía? ¿Por qué estoy delante en la conversación?

–Claro, allí estaremos. – Espero que hable por ella misma porque, un servidora, no tiene pensado ir a una reunión donde, posiblemente, todas las invitadas sean como mi prima.

Navego por la web de mazmorras estudiando las últimas batallas de mis contrincantes de mañana. Me gusta ir bien preparada y tampoco es como si tuviera algo mejor que hacer.

–¿Vendrás conmigo verdad? –Niego con la cabeza lo justo para que lo pille pero no como si le diera importancia algo que no lo tiene. –¿Así es como quieres quedar? ¿Cómo la chica antipática que rechazó una invitación del tío más buenorro que tendremos cerca? ¿Tú estás bien de la cabeza? –Da un pequeño golpe en el marco de la puerta. Bufa como si fuese un toro. – Reconsidéralo. No te cuesta nada actuar como una persona normal, ir y saludar. Tu mazmorra

seguirá aquí cuando vuelvas.

Se va. ¿Alguien tan estúpida va a hacer que me coma la cabeza? ¿Qué me pasa? Quizá si es algo descortés no ir aunque sea por hacer acto de presencia. Por otra parte, ni siquiera creo que note mi ausencia. Sólo habló en plural por ser educado. Quiere que vaya a Patty. A lo mejor incluso acaban por salir en el tiempo que ella viva con nosotras.

No iré. Está decidido.

Ver todo ese jardín repleto de gente que se saluda animadamente. Bailan, se sacan fotos, se enrollan y demás cosas de adolescentes, me hace dudar.

«No hubiera cambiado nada» Si hubiera ido simplemente habría obtenido algunos penosos "Hola" con cara de asco por mi vestimenta ancha y nada fiesterera.

Los burritos me saben especialmente buenos esta noche. Por unos instantes y cinco burritos me siento estupendamente. Justo donde quiero estar. Saco la basura sobre las seis de la mañana. No sé en qué momento decidí quedarme engullendo toda la noche. Quizá fue cuando Patty entró a la cocina algo borracha para contarme lo divertida y única que había sido la fiesta. Ya ha conseguido amigas que considera las mejores. Hasta que tengan que pelearse por algún chico.

La bolsa negra contiene todos los envases de aquello que no quiero que mi madre vea que me he comido en una noche. Me duele la barriga. Los atracones son una salvación momentánea que agreden todos mis sentidos al día siguiente. Me apoyo en la pared un momento tras deshacerme de la bolsa.

—¿Te encuentras bien? — Giro la cabeza lentamente, totalmente incrédula. Zac está ahí. Vestido de deporte, con el sudor marcando los pectorales bajo su camiseta gris. —¿Amanda, verdad? —No le contesto. Simplemente me giro para andar hacia la puerta de mi casa. Siempre me asalta mientras hago cosas de Amanda. Comer. Esconder lo que como. Espiarle. Es como si pudiera ver mi verdadero yo y lo juzgase. —¿Tienes algún problema conmigo? —Abro la maldita y pesada puerta. ¿Qué conflicto tendría yo con alguien tan perfecto como él? —No viniste a mi fiesta.

Cierro tras de mí.

"No viniste a mi fiesta". Eso significa que, entre toda esa multitud, percibió mi ausencia. Sonrió a

pesar de acabar de dejarle, literalmente, con la palabra en la boca.

Me tumbo para intentar calmar mi estomago, pero es imposible. Corro para vomitar. Unas arcadas me bloquean.

–¿Patty? –Sale del baño limpiándose con una toalla. Parece que la borrachera también le ha pasado factura.

–Deberías dejar de comer tanto si esa es la respuesta de tu cuerpo. –No sé si tiene razón o no. Lo que tengo claro es que ella no es nadie para opinar sobre cualquier aspecto de mi vida. –Aunque qué voy a saber yo.

Se va dejándome conmigo misma. Con el dolor que me castiga por tanto comer. Las arcadas se suceden una detrás de otra. Me agarro el estómago por el esfuerzo y tengo sensación de quedarme sin fuerzas. Me siento en el suelo del baño por si me desmayo. Odio mi vida. Me odio a mí misma. Si fuera valiente quizá acabaría con este sufrimiento, pero, como no lo soy, bajaré a desayunar.

### Capítulo 3

–¡No puedo creerme que tenga novia! –Patty se deja caer en el pub de la esquina de mi cuarto como si supiera de qué me está hablando. –Resulta que he salido a visitar a nuestro vecino. –¿A Zac? ¿Para qué? – ¿Sabes de quién te hablo no? ¿Del tío macizo que nos invitó a su fiesta y del que pasaste?

–¿Y qué pasa con él? ¿Por qué supones que tiene pareja? –A pesar de que estoy a punto de empezar el segundo día de misión y batalla en mazmorras. A pesar de que mi equipo está esperando, no puedo evitar preguntar, ¿A mí que me importa? ¿Por qué escucho a mi prima con lo mal que me cae?

–He llegado a su casa a pedirle sal. –Se ríe como una tonta. –Alguna excusa tenía que poner. –Se encoge de hombros. – ¡Y me ha abierto una tía! Pero no una normal. –Me lo cuenta como si, en esto, fuéramos cómplices. –¡Está buenísima! ¡Plena forma física!

–Vale. –Es lo único y último que pienso decir en esta conversación. ¿Qué es lo extraño de que un chico que está más que bien físicamente esté con una chica de las mismas características? Nada. No teníamos por qué haber esperado otra cosa. Cierra la puerta al salir.

Oigo el portazo antes de sumergirme de lleno en la partida. Todo está bajo mi control. Soy la mejor en esto. Mis sentidos para intuir lo que va a hacer el enemigo con anticipación es lo que me ha traído hasta tan buena posición. Somos un clan con reputación en la web. Kugami y yo tenemos una relación más allá del equipo. Hablamos por privado en muchas ocasiones y he de decir que siento una especie de atracción hacia él. Claro está que en el juego, al dedicarle tantas horas, nuestros personajes son súper atléticos y con unas facciones envidiables. Pero nada de realidad.

–Riuka, podríamos quedar. –Su voz en mis oídos me parece sensual. –Lo digo en serio. Llevamos años hablando, es casi como si nos conociésemos.

–Casi. –Cuelgo la comunicación.

Cada cierto tiempo aparece esta conversación. ¿Por qué no nos vemos? ¿Qué puede ser tan malo? ¿Acaso no hay confianza? No lo entiende. Ahora mismo, tal y como estamos, siento que es como si

tuviera algún tipo de relación sentimental. Si nos vemos, me desplazará a la friendzone y no podré hacer nada por salir de allí. ¿Y si incluso desaparece de mi equipo? Por otra parte, si pasa tantas horas como yo en la web quizá tampoco está contento con la vida que puede tener fuera de la protección de sus cuatro paredes. ¿Pero eso me consuela? Si es como yo y no puede parar de comer.... ¿Qué haremos? ¿Engordar juntos? ¿Y qué espero hacer yo sola de todas formas? Me desconecto precisamente por todas las dudas que me asaltan.

Me asomo a la ventana. Ahí está. La chica perfecta de la que hablaba mi prima. Lleva unas mallas y un top. Hace estiramientos con elegancia en el jardín. ¡Qué suerte nacer con ese metabolismo! Tumbarse boca arriba e imaginarme ser como ella no va a arreglar nada, pero, al menos, seré feliz por unos instantes.

–Amanda, tienes que llevarme a comprar. –Patty no piensa darme tregua mientras esté aquí. Y lo peor, es que mi madre la apoya totalmente.

–Hola chicas. Mi nombre es Eleonor. –Nos giramos a la vez. Ahí está la top model. Sonriendo. Siendo simpática y amable con nosotras porque sí. –Zac me ha dicho que sois sus vecinas y que sois muy majas. –¿Ah, sí? –¿Vais al pueblo? ¿Puedo ir con vosotras? Hasta que no llegue Zac de trabajar no tengo como moverme.

–De acuerdo. –La voz de Patty indica que piensa interrogarla hasta averiguar cómo ha conseguido hacerse novia oficial. Así es ella, una víbora en potencia. A mí me da exactamente igual, iré a comprar comida que me guste para encerrarme durante todo el fin de semana. –¿Y vivirás con él mucho tiempo?

Escucho, no sé si intencionadamente o simplemente porque están en mi camioneta, toda la explicación. Tiene pensado vivir sola, es lo que le gusta, pero no quiere separarse demasiado de su novio. Así que ha decidido trasladarse y vivir en el mismo pueblo aunque sea uno en el que ni si quiera hay supermercado. ¡Qué conmovedor! O qué psicópata. ¿No está mal perseguir a tu novio? No, la verdad es que yo tampoco le perdería el rastro. Nada más hay que fijarse en la revolución que se forma a su alrededor en cuanto a chicas se refiere.

Las despisto en el supermercado. Quiero estar sola. Tortitas. Nata. Sirope. Hamburguesas. Queso.

Nuggets. Dulce de leche. Refrescos. La cuestión es pagarlo y embolsarlo todo antes de que ambas petardas lleguen hasta mí. Tres bolsas llenas. Ahí están ellas con sus pistachos y su fruta en pequeñas bolsas. Me detengo a ver las diferencias entre ellas. Ambas están delgadas, pero el aspecto de Eleonor es saludable y fuerte, el de mi prima no tanto. ¿Es porque come cosas de peor calidad? Bueno, no es mi problema. Son dilemas de flaca.

De camino a casa no paso por alto las múltiples miradas que me echa Eleonor. ¿Qué quiere? ¿Por qué me observa tanto? ¿Es pena lo que pasa por su mirada en una milésima de segundo?

–Amanda. –Su delicada mano reposa en mi hombro haciendo que quede por detrás de mi prima que ya ha entrado en casa. –Creo que podría ayudarte. –¿Qué? Señala mi compra. –A veces no es fácil elegir el camino correcto si nadie te lo enseña.

–No sé de qué estás hablando. –Me giro bruscamente en el preciso momento en el que el coche de Zac aparca delante nuestra. –Espero que el viaje te haya sido agradable. –Le digo irónicamente.

–Cuando estés preparada, sabes dónde estoy. –Susurra.

¿De qué va esa tía? Mi madre me mira preocupada tras escuchar el gran portazo que doy. ¿Cómo se atreve a cuestionar lo que hago? ¿Quién se cree que es? ¿Sólo por estar delgada piensa que es mejor que yo? ¡No lo es! Yo no he tenido la suerte de nacer guapa y escultural. ¿En qué va a ayudarme? ¿En decirme que no coma nada hasta desmayarme para perder un par de kilos? Esta conversación sólo me ha dado hambre y eso, puede que sea un problema.

## Capítulo 4

–¿Estás enferma? –Mi madre me toca la frente mientras yo sigo removiendo el bacon frito en el plato del desayuno. –Puede que sea algún virus de estómago. –Es posible. No tengo hambre ni ganas de comer desde que me he levantado. –Tu prima estuvo vomitando anoche y hoy se encuentra bastante mal. Podrías ver cómo está luego. Yo tengo que ir a trabajar.

Quizá puedo aprovechar la ocasión para no comer. Pensarán que tengo un virus y no me presionarán para que coma. Quizá si aguanto mucho estaré delgada. No lo creo. Posiblemente será peor el atracón de retomar el comer. Tengo hambre sólo de pensar en la abstinencia de azúcar y grasa. ¿Qué me pasa? El primer chocolate es para calmar la mente, el segundo el cuerpo. La hamburguesa es para el hambre que creo tener. Lo demás es el no parar de varias horas. Me siento pesada y mareada. ¿Cuánto habré engordado sólo en la última semana? Me miro el estómago y me veo más gorda. ¿En qué momento pienso parar? ¿Y si es verdad que ella puede ayudarme? ¿Y si sólo quiere reírse de mí?

Dudo mucho mientras voy hasta ahí. La puerta parece separarme de un gran abismo, de un gran dolor. No quiero hacerlo pero nunca nadie antes me había ofrecido ayuda. ¿Puedo permitirme rechazarla?

–¿Sí? –Zac parece confuso de verme en su puerta. Probablemente es por lo mal que le he tratado anteriormente, pero, en mi defensa tengo que decir que no estoy acostumbrada a que me traten bien.

–Vengo a ver a Eleonor. –Espero que no me pregunte para qué porque no sería capaz de explicarle que no puedo parar de comprar comida para después engullirla. Sentir dolor de estómago. Odiarme a mí misma y encerrarme en el mundo de las mazmorras. ¿No será también algo demasiado grande para que una chica de mi edad me ayude? ¿Debería irme a casa?

–Habíamos quedado. –Eleonor miente por mí y me pregunto qué necesidad tiene. ¿Por qué es así conmigo si no me conoce de nada? –Hablemos dando un paseo. –Todo es tan raro. No somos amigas. Ni si quiera conocidas. –¿Qué te lleva a comer sin medida, Amanda? –Intenta ser suave en

su pregunta, pero no puedo evitar sentirme atacada. –No te estoy juzgando. –Aclara.

–¿Cómo piensas ayudarme, Eleonor? –Una lágrima traicionera empieza a rodar por mi mejilla.

¿Por qué tengo que sentirme así? ¿Por qué tenemos que hablar de ello?

–Lo primero es reconocer el problema. –Me coge la mano haciéndome sentir absurdamente segura. –Vamos a aprender a comer. Vamos a aprender a vivir.

–¿Qué te llevas tú con esto? –Sospecho de tan buena voluntad porque no hay nada coherente en que ofrezca su ayuda desinteresadamente.

–Me siento bien conmigo misma, ¿Sabes? –¿Es eso una puñalada? ¿Me lo tengo que tomar así? –No siempre ha sido así. Podemos focalizar nuestros problemas si queremos. Los trastornos alimentarios son bastante comunes. Tuve a alguien muy cercano con problemas y me hubiera gustado que alguien le ayudase.

–¿Así que es como un lavado de conciencia? –Se ríe y me cuestiono por qué no me ha mandado ya a la mierda. –¿Qué tengo que hacer y cuánto voy a tardar?

–Bueno, no son del todo las preguntas que esperaba. Pero imagino que es normal. –Se sienta con las piernas cruzadas sobre el césped y me invita a hacer lo mismo. Hace buen día, quizá podría sacar mi cámara e inmortalizar algunos animales. –¿Hay algo que te guste hacer en el exterior?

–Fotografiar. –Me encojo de hombros como si fuera algo ridículo. –No supone gran movimiento. –Digo la verdad. –E inmortalizas momentos que no volverán.

–¿Significa eso que de alguna forma desearías que volviera algún momento de tu vida? –¿Cómo lo sabe? –Puedes abrirte. No saldrá de aquí.

–Querría volver al momento en el que tuve la oportunidad de cambiar y no lo hice. –Confieso avergonzándome por completo.

–Nunca es tarde. –Lo dice tan convencida que parece que es verdad. Pero no lo es. Pesaré sobre cien kilos y no quiero parar de comer. Llegaré a doscientos sin siquiera darme cuenta.

–Sólo quiero ser una chica normal. Ni si quiera espero estar como tú. Poder conocer a Kogami. Incluso gustarle a Zac. –¡Mierda! ¡No debería haber dicho eso! Me tapo la cara con la mano de la vergüenza.

–No te tapes. –Sus manos tocan las mías de nuevo. ¿Por qué es tan buena? –Ni si quiera te gusta mi novio en realidad. –Sí, sí que me gusta. Pero tampoco voy a recalcarlo. –Lo deseas porque es atractivo. Eso puede ser verdad. Pero lo idealizas porque piensas que no puedes tenerlo debido a tu condición física. –¿Idealizarlo? Tampoco pienso que sea para tanto. –Puede que se haya intensificado la sensación por aquello de que vive justo a tu lado y además es simpático. Es una de las cosas que me enamoró de Zac, nunca ve a la gente por lo que parece ser. Es casi como si pudiera leer dentro de las personas. Me dijo que eras una buena chica y luego supe por tu prima que casi siempre le hablas mal.

–Bueno...yo...No sé cómo hablar con él. –Me siento tan culpable en este instante. –Quizá deba pedirle perdón.

–Más adelante puede haber tiempo para eso. –Me hace una seña para que espere justo donde estoy. Deseo que no tarde mucho. Se me han cargado las piernas de estar sobre el césped. Debería dormir en mi cama para evitar que se me hagan hematomas en ciertos pliegues. Vuelve corriendo con una libreta. –¿Con qué peso crees que te sentirías cómoda?

–¿Qué? –Veo que escribe “Peso ideal” en esa libreta. –Supongo que 65 kilos estaría bien.

–¡Perfecto! Ahora me gustaría que hicieras un ejercicio en casa. –¿Deberes? ¿Es así como se adelgaza? ¿Se está burlando de mí? –Escribe en una hoja por qué no has cambiado antes. El motivo real por el que no eres capaz de reprimir el impulso de comer aun sabiendo que luego te sentirás peor. Y así en un círculo vicioso que está destruyendo tu vida y tu juventud. –Cojo la libreta entre mis manos y me levanto con esfuerzo. La miro sin saber bien si darle las gracias. Aún no he visto nada que me vaya a hacer mejorar. La psicología no sustituirá al deporte que debería hacer para bajar de peso. Odio el deporte. –Ah, y si puedes, escribe también qué estás dispuesta a sacrificar para conseguir esos 65 kilos. Nos vemos mañana.

## Capítulo 5

–Te veo ausente Riuka. –Kugami me saca de mis propios pensamientos para darme una reprimenda por mi actitud nada resolutiva en la batalla. –¿Quieres que hablemos luego? –Siempre me hace bien hablar con él, pero no me apetece que intente que nos veamos de nuevo.

–Dejaros la charla, enamorados. –El equipo me mata de vergüenza esta vez. –Podéis solucionar lo que quiera que sea después de que consigamos salir vivos de esta batalla. No lo veo nada claro, jefa. Tienen armas especiales, deben de haber estado esta mañana en la taberna intercambiando cristales mágicos. –Sí quizá si no hubiera estado perdiendo mi tiempo hablando con Eleonor podría haber comprado mejor equipamiento para esta lucha en la que vamos perdiendo. Desvío la mirada hasta la libreta que me ha dado. Debería escribir algo en ella que poder enseñarle mañana. –Centraos.

Perdemos. Eso es casi inaudito. Se desconectan enfadados y, posiblemente, se replanteen mi liderazgo.

–¿Sigues ahí Riuka? –Así que Kugami no se ha desconectado aún. –¿Qué te pasa? Pareces ausente. –¿Harías algo que te propusieran sabiendo que es bueno para ti pero que, a su vez, vas a sufrir? – Lanzo el órdago y espero en el silencio ensordecedor de no oír ni una palabra en estos cascos.

–Posiblemente. –Su respiración es agitada como si supiera lo que le voy a decir. – No pasa nada si no apareces en algún tiempo. Seguiré en línea cuando vuelvas.

–De acuerdo. –Borro el juego del ordenador.

Jugando me he dado cuenta de que, a mi equipo, no le importo. Estaba ausente, es cierto, pero a ninguno eso le ha quitado el sueño o las ganas de jugar, solo a Kugami. Podría haberle contado de qué se trataba, pero sigue siendo el único amigo que tengo y nuestra conexión es especial. Cuando le conozca, no seré como soy ahora. Seré como él me conoce. Tal y como me presento en el juego. Valiente, decidida y mi cuerpo no querrá solo engullir miles de calorías diarias.

¿Por qué no he detenido esto antes? Frente al folio en mitad de la noche, no se me ocurre ningún motivo válido. He dejado que mi vida vaya a la deriva abandonándome al consuelo de comer. He

querido cambiarlo antes, pero es muy difícil. Buscas en Internet un millón de soluciones para tu sobrepeso. Todas ellas parecen ser unas fórmulas mágicas que te volverán delgada sólo haciendo una cosa. Un simple cambio que apenas incluye deporte o dejar de comer. Lo intentas y pierdes peso. Pero en cuanto vuelves a tu rutina coges el doble. Efecto rebote lo llaman.

También he probado sustitutivos alimenticios, pero están tan malos y se hacen tan repetitivos, que la ansiedad me puede y los atracones son lo único que me calma.

No lo he detenido, escribo, porque no he sabido cómo. Llega un momento en el que estás tan hundida que no ves ningún sitio al que agarrarte. Estás gorda porque comes. Comes porque ya estas sobrada de peso. Como pesas no tienes vida social ni amoríos. Como no quieres conquistar te da igual estar gorda.

Puede entonces que Eleonor tenga razón y ni si quiera me guste Zac. Es posible que sólo haya sido un botón apretado para que me dé cuenta de que, aunque me lo pusieran en bandeja (vecino, amable y buenorro), nunca me vería en condiciones de intentar ni si quiera ser su amiga.

Vuelvo la vista al folio algo más decidida.

¿Qué estoy dispuesta a sacrificar? Todo.

Duermo inusualmente tranquila. Quizá porque sé que me ha acostado tras rellenar la libreta. Espero que sea exactamente eso lo que Eleonor quiere leer porque me ha costado mucho abrirme. Tengo la sensación de que realmente quiere ayudarme y, aunque no sepa por qué, confío en que sus motivos sean suficientes para darme más herramientas.

No estoy más delgada aún, sin embargo, me siento ya un poco mejor.

Despertarme hoy no ha sido algo tan malo. Tengo una emoción clavada en el estómago y no tiene nada que ver con comer. Arranco los folios. Los doblo cuidadosamente y los introduzco en un sobre. Prefiero no estar delante cuando Eleonor lo lea a pesar de que estoy casi segura de que lo he hecho bien.

La espera en mi casa se me está haciendo eterna. Sabía que no iba a venir de inmediato a verme pero la seguridad que tenía se está esfumando poco a poco. ¿Y si no es lo que esperaba? ¿Cuándo empieza el cambio?

Mi madre me mira de vez en cuando de reojo, intentando analizar mi cambio. O sea, que es eso, ya he empezado a cambiar.

El timbre suena y vuelo, literalmente, hasta la puerta para después quedarme paralizada y confusa. Zac está en mi umbral con una cara que no sé descifrar. Intento avanzar con mi cambio. Seré amable.

–¿Puedo ayudarte en algo? –Hago el amago incluso de sonreír.

–Pensaba que me estabas esperando. –Mi cara debe de ser un poema. –Ella me dijo que me acompañarías a mi entrenamiento. –¿Por qué iba yo a ir con él a hacer deporte?

–¿Me das el número de tu novia? –Ahora es su rostro el que es un cuadro. –Lo he perdido. –Miento.

Le dejo ahí plantado unos minutos mientras espero tonos en el móvil.

–¿Cómo va el entrenamiento? –Eleonor parece entusiasmada. –¿Va todo bien?

–¿Por qué metes a Zac en esto? –Tengo que recordarme que es su novio. Aunque ella me dijo que no saldría de entre nosotras lo que dijera o lo que me pasaba.

–No sabe nada. Sólo quiero que le acompañes y veas la ruta que él hace. Le he dicho que vienes de una lesión de rodilla. Irá suave. –Oigo un ruido al otro lado del teléfono. –No abandones ya. Tengo que hacer una cosa importante. Luego te hablo.

Me cuelga. Sólo tengo dos opciones: Dejarle ahí indefinidamente y traicionar a Eleonor. O salir ahí y como ella misma diría, no traicionarme a mí misma.

–Vamos. Tenía que asegurarme de una cosa. –Le explico.

Me sonrío y me pregunto si será agradable salir para algo que no sea sentarme para fotografiar.

## Capítulo 6

Vamos a paso normal. Ninguno de los dos habla. ¿Será todo el camino así de silencioso? Me siento bien mirando a mi alrededor. El mundo exterior es bonito de una forma que había olvidado. Es dinámico, en constante movimiento. Fotografío sólo con mis retinas el volar de los pequeños pájaros. Hay algunos perros paseando junto a sus dueños. Parejas que se dan la mano.

–Si no fuera imposible diría que has vivido custodiada por dragones y no reconoces lo que es una ciudad. –Lo dice totalmente en broma y, sin embargo, tiene razón. –¿Te duele? –Me quedo quieta pensando. Es cierto que tengo el cuerpo dolorido. Es lo que tiene haber sido un mueble desde hace tanto tiempo. Tu cuerpo se queja de esta nueva actividad. Los pulmones te repiten que no hagas esfuerzos y, aún así, pensaba que lo estaba disimulando bien. Me fijo en que está señalando mi rodilla. Ah. Es cierto que Eleonor le mintió respecto a mi forma física y tan solo le dijo que estaba recuperándome de la articulación. ¿Por qué mintió a su novio? ¿Sólo para no avergonzarme?

–Me duele un poco, podríamos ir volviendo. –Espero a que me contradiga porque, evidentemente, él podría seguir caminando e incluso corriendo durante horas, pero siento que estoy al límite de mis fuerzas. Por suerte para mí, no lo hace.

–¿Sabes lo que es muy bueno para ese tipo de lesiones? –Niego un poco con la cabeza. –La piscina. Podrías ir con Eleonor. La pobre cuando no estoy se aburre mucho. –¿Ir a la piscina? ¿Este chico me ha visto bien? –Creo que le caes genial. Podrías llegar a ser buenas amigas.

–Sí. –En realidad no miento. –Iremos algún día de estos. –En esto sí que miento porque no tengo ninguna intención de meterme en un bañador. Ni si quiera tengo uno que ponerme. Odio sentirme desnuda y mucho más, delante de la gente.

–Ha sido genial pasear contigo. –Por fin ya estamos en mi puerta, sólo quiero lavar los pliegues de entre mis muslos. –Mañana no puedo, pero pasado vendré a por ti para pasear.

Me quedo unos instantes tal y donde estoy. Casi entrando en mi casa. He estado fuera durante al menos media hora. Ha sido agotador, pero, por otro lado, he sido capaz de hacerlo. Mi madre me

mira con un extraño sentimiento en el rostro. ¿Felicidad? ¿Por qué he salido durante media hora?

“Mañana a las diez de la mañana en la piscina de la urbanización. Besos. Eleonor.”

Posiblemente Zac le haya dicho que acepté a ir, pero no pienso hacerlo. Medito unos instantes en qué inventarme para no acercarme hasta allí. Es cierto que cuando estoy con Eleonor, e incluso con su novio, no me siento tan sola. Parece que el contacto humano que casi había sido capaz de olvidar, me gusta de algún modo. Pero también me asusta.

Mi madre me trae comida al cuarto y me la como mientras investigo bañadores en una página de compras online. Me sorprendo de hacerlo pero lo que más me impresiona es que ya ha pasado prácticamente todo el día y sólo he comido una vez. ¿Es estar entretenido un paso para perder peso?

Decido ir a la piscina, pero no me bañaré. Intento ponerme unos pantalones pirata en vez de largo y una camiseta ancha de rayas. Conforme me voy acercando me siento algo fatigada. Está cerca de la casa pero en algo de cuesta y eso me lo dificulta un poco. Entro y recibo un abrazo de la que empiezo a considerar mi amiga.

–Creí que no vendrías. –No era consciente, pero ahora que veo el móvil, he tardado en venir aquí el doble de lo que había calculado. Me fijo en que mi prima está ahí en una esquina con un grupito de amigas que no sé quiénes son. –Pero estás aquí y eso es lo importante. –Decido sentarme en el césped. La idea de tumbarme en una hamaca me da pánico. ¿Y si no aguanta mi peso y me deja en un ridículo del que no me recuperaré? –Hay una tienda de vegetales a veinticinco minutos de tu casa. –He ido alguna vez con mi madre hasta allí en coche, pero no sé que me quiere decir con ello. –Si aguantas cincuenta minutos andando podremos comprar ahí lo que debes comer.

–¿Se trata de una de esas dietas en las que sólo se puede comer verdura en cantidades invisibles?

–Me río. Creo que es la primera vez que consigo reírme de algo referido con mi peso.

–No es una dieta. –Eso llama mi atención. Agradezco que hable con naturalidad. En bajito. Como si fuera una conversación normal de dos chicas jóvenes que han venido a tomar el sol. –Es una forma de vida. –Asiento aunque, en realidad, no soy capaz de entender lo que dice. –Ahora mismo estás comiendo aún lo que quieres, ¿cierto? –Asiento volviéndome a fijar en que no viene nadie. –

¿Quieres venir a comer hoy a mi casa? –¿Y ese cambio radical de conversación? Bueno. Asiento.

El resto de la mañana no es nada incómoda y me destornillo en varias ocasiones. Jugamos a las cartas. Me cuenta la preciosa escena de cómo se conocieron ella y su novio. Resulta que ninguno de ellos es celoso y que consideran que tienen una relación sana mentalmente hablando. ¿Cómo es posible que parezca saber tanto de todo lo saludable? Está en forma. Come bien. Tiene una relación estable. ¿Es cuestión de suerte?

A las dos vamos hasta su casa. Anda a mi ritmo y no me dice absolutamente nada cuando me siento nada más llegar a las sillas de su comedor. Me siento algo mal de no ayudarla a preparar la comida, pero insiste en que no hay problema. Aprovecho para llamar a mi madre. Se queda muda cuando le digo que comeré en casa de una amiga. Me pregunta si me guarda nachos con queso para cenar y aunque le digo que sí, me quedo pensando en ello.

–Aquí está. –Pone frente a mí un plato de ternera con arroz y ensalada. Tiene muy buena pinta. En el centro de la mesa pone un caldo que huele muy bien. –Todo esto, Amanda, es sano. Está rico y puedes comerlo para adelgazar.

–Esto es mucha comida. –No es diferente de los platos que como en cuanto a cantidad.

–Es cierto, pero con bajar el nivel de grasa, será suficiente para empezar a perder. –Bajo la cabeza porque sé que tiene razón. –¿Crees que podrás acompañarme mañana a la tienda de vegetales?

–Claro. –Hace tan sólo unos días sé que le habría dicho que no, que era imposible, que la llevaría en coche. Pero, por alguna razón, estoy cambiando a pesar de que no se ve resultado alguno. ¿Es mi mente lo que está cambiando?

## Capítulo 7

Los leggins me quedan realmente mal, pero, si voy a ir andando hasta allí, necesito una ropa que no me apriete. A pesar de que no creo que sea mi mejor look, me peino haciéndome una trenza y me pinto los labios. ¿Hace cuánto que no me maquillo? Eleonor me espera radiante de felicidad. ¿Es eso lo que se siente sintiéndose bien con una misma? Andamos a mi ritmo de nuevo. De vez en cuando sugiere que nos sentemos y sé que lo hace por mí.

–Compraremos para tres días. –Da unas curiosas palmaditas. –Zac y yo nos vamos de fin de semana. –¡Oh, vaya! ¿Hasta aquí ha durado ayudar a la gorda? –Pero quiero que comas bien estos días. –Señala a un lado de la carretera para que crucemos hasta una carnicería. –Por eso voy a acompañarte hoy a comprar lo único que puedes comer. Da igual como lo cocines, pero al menos que sea sano.

Al volver a casa dejo las bolsas en la cocina. Mi madre las examina y asiente como si tomara alguna determinación. Yo también lo hago. En mi armario casi todo es horroroso. Compró sudaderas de hombre talla grande y leggins o vaqueros que no marcan nada. Es como si al sentirme con más espacio dentro de la ropa me sintiera más delgada, pero creo que no me siento nada guapa de esa forma. Podría buscar “ropa bonita para rellenitas” en google y ver que ponerme.

Estoy emocionada cuando llega el lunes. Ya van a volver. Mis días en soledad, sin meterme siquiera en el juego se han hecho eternos. Aún así me he mantenido firme y ya me veo mejor. ¿Es posible que, aun habiendo comido gran cantidad de comida, al ser sólo vegetales y carne haya adelgazado?

“Llegamos esta noche. ¿Cenas con nosotros? Luego saldremos. Te esperamos a las nueve. Besos. Eleonor.”

¿Salir? Eso es un gran paso. He andando cada día al menos los cincuenta minutos, pero, más tiempo, no creo que aguante sin dolor dando trotes. Bueno, iré a cenar, saldré con ellos y, si mañana tengo que estar reventada, lo estaré. ¿Por qué me habrán cogido tanto cariño y me darán

tanto apoyo?

Los vaqueros que llevo son un poco más ajustados de lo que estoy acostumbrada. Me pongo un jersey de mi talla. L. Ni más ancho, ni de hombre. Eso, es un gran paso. Me dejo el pelo suelto y me maquillo. ¿Es posible que me vea guapa? Es absurdo. Me alegro mucho de ayudar a preparar la cena a Eleonor.

–Somos cuatro. Pon un cubierto más por favor. –¿Cuatro? Mi cara debe dejar clara mi sorpresa. – Oh, ha venido a pasar unos días un amigo de Zac. –Ah, eso. Bueno, parece que ellos siempre están para todo el mundo.

¿Quién es ese? Acompañando a Zac hay un chico alto y fornido. Más incluso que el propio Zac. Tiene el pelo negro y los ojos azules. Creo que mi corazón ha dejado de latir en el momento exacto en el que me ha sonreído para saludarme.

–Este es Rodrigo. –Viene a darme dos besos y casi se me cae el bol de ensalada. –Es un poco callado, pero es muy majo. –Le da una fuerte palmada en la espalda a modo de ánimo. ¿Por qué me mira de ese modo? ¿Estará juzgando como voy vestida? No, no creo. –A estos bomberos a penas les dan vacaciones. –Se ríe un poco y Rodrigo parece negar un poco con la cabeza, como si indicase que tampoco necesita más tiempo.

–¿Y qué haces en tu tiempo libre? –Pregunto de pronto. ¿Por qué he dicho eso? ¿De dónde ha salido esa seguridad de hablar como si a alguien le importase lo que tengo que decir? Eleonor me mira y sonrío. Casi parece orgullosa de mí.

–Me gusta hacer muchas cosas. –Asegura mientras come. –Hacer deporte. –Es evidente. –Leer. Jugar. Es un poco de todo. No me gusta sentirme estancado.

–¿Y cuándo duermes? –¿Por qué no paro ya? Tengo tanta curiosidad de saber de él que de repente que no me callo. ¿Será lo mismo que me pasó con Zac? ¿Le hace atractivo que le vea inalcanzable?

–Duermo poco, prefiero aprovechar la vida. –Entrecierra un poco los ojos. Quizá no le ha gustado mi pregunta. –¿Y tú? ¿Qué haces en tu tiempo libre? –Me siento acorralada de repente.

–Sigamos hablando en la fiesta. –Eleonor parece mi salvadora. Me levanto más rápida que nunca

para “ayudar a lavar los platos”. Sólo quiero quitarme del escrutinio del nuevo intruso. Parece mirarme como si me conociera.

Intento evitar quedarme cerca de él durante toda la fiesta. Resulta que la amiga que daba la fiesta también invitó a mi prima. Está sorprendida de verme allí y se burla de mi intento de estar guapa. Puto palo. El problema de la multitud de gente es que, mis amigos, tienen otras personas con las que hablar. Al principio, todo bien. Pero ya ha pasado bastante tiempo y me empiezo a sentir un poco desplazada. No voy a ponerme a hablar con gente que ni conozco ni va a entenderme. Y tampoco pienso bailar.

Empiezo mi regreso a casa cuando una sombra me sorprende. Rodrigo. Sigue caminando conmigo sin hablar.

–¿Estás mudo? –No sé por qué me sale ser borde con él.

–Contigo sí. –Le miro de reajo y veo una sonrisa socarrona en su rostro. –Porque sino saldrás corriendo. –¿Qué? –Huyendo de mí. Y andar a estas horas sola, puede ser peligroso. Prefiero acompañarte hasta tu parcela y luego decirte lo que pienso.

–¿Sobre qué? –Mi corazón late deprisa y empiezan a sudarme las manos. –Tú no me conoces. –Tengo un incipiente miedo a que diga algo malo de mí. Él no lo sabrá, pero yo me estoy esforzando mucho y, cualquier cosa que pueda dolerme, me hará retroceder.

–¿Sabes? –Ya veo mi puerta y mi pulso está desbocado. Si supiera que puedo hacerlo, saldría corriendo hasta dejarlo atrás tras las paredes de mi casa. No quiero oír lo que tiene que decirme. –Eres preciosa.

De todo lo que podía haber dicho, eso es lo único que no esperaba. Le veo irse tranquilamente. ¿Estará riéndose de mí? No lo parece. Pero...eso...no es posible.

## Capítulo 8

“Eres preciosa”. Dos palabras que no puedo sacar de mi cabeza desde anoche. A penas he dormido. ¿Cómo se supone que voy a actuar ahora cuando vuelva a verle en casa de Eleonor? ¿Cuándo era que se iba?

Bajo a desayunar. Café solo y tortilla. Nada de grasa, ni aceites, ni dulces. No pienso si quiera en comer. ¿Cuándo se ha cerrado mi estómago? Bueno, ese es el menor de mis problemas ahora. Siento nerviosismo, así que, decido ponerme los cascos y salir a andar. ¿Deporte voluntario? La calle está solitaria y el paisaje es muy bonito. A penas llevo una manzana y realmente es tan impresionante ver un paisaje cuando llevas tanto tiempo encerrada que decido ir a la casa de nuevo para coger mi cámara. Ahora que casi siempre estoy en movimiento, que empiezo a recuperar una vida que no sabía que tenía, quizá pueda captar objetivos infinitos.

Al salir de nuevo, compruebo por el objetivo de la cámara que todo está en orden. Recorro unos cuantos metros sin despegarme del foco. ¡Madre de dios! El torso desnudo de Rodrigo aparece en mi objetivo. Bajo la cámara. Ahí está, ese hombre de metro ochenta y cinco y puro músculo haciendo deporte sin camiseta en el jardín de mi vecino. Nuestras miradas se cruzan y yo me siento totalmente avergonzada. ¿Por qué siempre me tienen que pillar en el momento más humillante? Sólo le miraba porque...bueno...estaba ahí.

Aligero todo lo que puedo el paso. Casi corro. ¿Pero a dónde voy? Quizá podría ir a la frutería y comprarme unas mandarinas. Así lo hago para sentarme después en un banco. Mi móvil suena por la aplicación de mazmorras y eso me sorprende. Kugami. ¿Le habrá pasado algo?

–¿Sí? –Me siento rara. –¿Ha pasado algo?

–Te echaba de menos. –Un silencio ensordecedor se instala entre nosotros. Siempre ha habido ese algo, pero no solemos decirnos ciertas cosas. –¿Cuándo piensas volver por el juego?

–Pues... –De alguna forma considero que volver no me haría bien. No lo lamento por el resto del equipo, pero Kugami siempre ha estado ahí. Quizá podríamos conocernos pero....no, no creo que esté lista aún. La ropa empieza a quedarme grande. Si me esfuerzo un poco más, podré sentirme a

gusto con cómo soy cuando nos conozcamos. –Pronto. –Miento.

–Vale. –Cuelga y eso no me hace sentir tan bien como había pensado.

Posiblemente cuando yo quiera volver ya no quiera tener ningún contacto conmigo, pero es que no me encuentro preparada. Medito sobre como los hombres me ponen nerviosa. ¿Me pone Kugami igual de nerviosa que Zac o su amigo? Creo que sí. ¿Son entonces todos los hombres los que me ponen nerviosa? No lo creo. He tenido amigos. Mis vecinos son adonis, ese es un buen motivo. Me lo explicó Eleonor. ¿Y Kugami? No sé cómo es, pero es muy simpático conmigo e incluso se preocupa. Hago lo único que se me ocurre que puedo hacer en este momento. Voy a ver si Eleonor sabe más de mí que yo misma.

Toco al timbre y espero. Para mi desgracia abre la puerta Rodrigo aún sin camiseta. Me mira de arriba abajo y me pregunto qué mira exactamente.

–Ya la atiendo yo. –¡Gracias a los cielos! Eleonor siempre me salva de alguna forma. –He ido esta mañana a por ti y tu madre me ha dicho que has salido, voluntariamente, a dar un paseo. ¡Eso es genial! –Adoro su entusiasmo. –Pero, me da en la nariz que no todo es felicidad, ¿o sí?

–Me siento atraída por alguien que no conozco. –Me observa con curiosidad mientras nos sentamos en los pubs de su cuarto. El que comparte con Zac. –¿Es posible?

–Supongo. –Se lleva las manos detrás de la cabeza. No me había dado cuenta, pero sus ojos parecen vidriosos. Está triste. –Imagino que si hay una complicidad importante puedes sentir que va a más que una amistad.

–¿Qué te pasa? –Rompe a llorar sin motivo aparente y me levanto corriendo para ir hasta su costado. Le cojo las manos intentando apoyarla aunque sea la mitad de lo que ella lo ha hecho conmigo. –Cuéntame. Estoy aquí.

–Zac y yo hemos roto. –¿Qué? ¿Por qué? Son la pareja perfecta. –Nos hemos dado cuenta, de alguna forma, de que estamos juntos por monotonía y comodidad. Somos muy buenos amigos, pero el amor creemos que se fue sin darnos cuenta. –Me siento casi igual de triste que si me hubieran dejado a mí. Siento que mi respiración se agita. Es como si supiera que hay algo más. Un golpe directo hacia mí. –Vivir juntos, después de tanto tiempo, ha sido la prueba definitiva. Me alegro

por una parte. –Sorbe una lágrima. –Pero es duro. Además, me he encariñado tanto contigo. Estás haciendo tantos progresos que...dejarte a ti también. –¿A mí? ¡Oh! Ya caigo. Sus lágrimas son un torrente y las mías se agolpan detrás de mis ojos luchando por no salir. Si ellos ya no están juntos...Mi vecino es Zac. Así que, perderé a la única amiga de verdad que he tenido en mucho tiempo. –No quiero que retrocedas. Sé que parezco una couch o algo así, pero para mí es amistad. –Sé que tiene sus propios motivos personales para haberme cogido bajo su protección, pero también soy consciente de que es verdad lo que dice, que me considera su amiga. –Te lo prometo. –No sé cómo voy a hacerlo, pero no sería justo para ninguna de las dos alejarnos. –Hablabamos todos los días.

Al bajar las escaleras de su casa para irme a la mía, mis ojos se cruzan con los ojos de Rodrigo, no parece muy cómodo sentado en el sofá. Quizá ha sido testigo de alguna pelea de pareja o algo así. Tiene la mandíbula cuadrada apretada de más y los nudillos están blancos de hacer fuerza con el puño hacia dentro. ¿Se habrá liado con Eleonor o algo así? No creo. Ya estoy desvariando. Igualmente, nada de eso es mi problema. Mi único dilema es ver desde mi ventana a Eleonor cargar sus cosas. Ver como se aleja y sentir la soledad caer sobre mí como si fuera plomo.

## Capítulo 9

Empezar el día sabiendo que Eleonor se ha ido, por mucho que lo primero que han visto mis ojos al despertarme haya sido un mensaje de ella mandándome ánimos con muchos iconos del brazo de la fuerza, flamencas y caritas sonrientes, es más duro de lo que había previsto.

Por un remoto momento se me ocurre la idea de usar el peso digital del baño para ver si he adelgazado. Noto que me siento más ligera aunque quizá sea una tontería. Decido finalmente que es demasiado pronto y abandono la idea para bajar a desayunar. Como estoy intentando ser positiva, me digo a mí misma que mi madre me había dicho que mi prima estaba mala, así que me obligo a hacerle un desayuno y subírselo.

—¿Patty te encuentras mal? —Entro al cuarto y me extraño de ver todo cerrado y en penumbra. Sigue durmiendo y ante los pequeños temblores que le noto, me acerco a tocarle la frente. Está ardiendo. —¿Estás enferma? ¿Le digo a mi madre que te traiga algo? —Me agarra con fuerza la muñeca.

—No digas nada y sólo sal. —Ante su contundencia no tengo más remedio que salir pero anoto mentalmente estar pendiente de ella.

¿Es posible que la muy perfecta Patty con su delgadez tenga algún problema de salud? Nunca me había planteado que existiera esa posibilidad. Para mí estar delgada siempre había sido sinónimo de estar sana pero no era así. Google me dio las respuestas más insólitas que hubiera podido imaginar. Estudio los síntomas tan a fondo hasta determinar que mi prima probablemente también sufría un trastorno alimenticio. ¿Soy yo la mejor persona para hablar de ello con ella? No lo creo. ¿Por qué se ha tenido que ir Eleonor ahora?

—Amanda. —Mi madre toca a mi puerta y la miro entornando un poco el ordenador. —Me voy a ir a trabajar. —Como todos los días. —¿Necesitas algo? ¿Estás bien? —Pienso con un poco de culpabilidad en mi madre. Ella siempre está pendiente de mí y quizá su desaprobación solo era una preocupación real.

–Estoy bien. ¿Puedes traer naranjas y peras, por favor? –Me mira sorprendida. Estaba decidida a salir yo misma a comprar como estaba haciendo todos los días pero prefería quedarme cerca para estar atenta a Patty y poder entrar en su habitación cuando estuviera despierta.

–Claro, ¿vas a salir con tus amigos hoy? –Está nerviosa mientras me pregunta. Veo que tiene miedo a que me cierre en banda y le grite, como he hecho injustamente otras veces, que yo no tengo amigos.

–Sí, va a venirse Patty también. –Al menos no miento en mi intención. Lo que no tengo todavía es ni idea de cómo voy a conseguir que mis vecinos tengan a bien invitarnos a cenar.

Se va contenta como pocas veces la he visto. Si sólo estuviera Eleonor...Decido llamarla y me dice que simplemente vaya hasta allí y se lo diga. Eso sería muy violento, pero, su segunda idea me convence algo más. Hacer yo una cena de agradecimiento en mi casa. Llamo a mi madre antes de que entre a trabajar. Me responde agitada ya que prácticamente acabamos de hablar y piensa que pasa algo. Cuando le digo que voy a invitar a los amigos a casa y que voy a preparar la cena enmudece y luego expresa que por supuesto y que aprovechará para ir a ver a unos amigos que tenía olvidados. Al colgar me doy cuenta de que puedo contar con los dedos de una mano los días en los que ha salido a la hora de comer o cenar. ¿He hecho yo que mi madre de alguna forma abandone también su vida por estar pendiente de mí? Empiezo a ser consciente aunque mi talla probablemente se asemeja mucho a la del comienzo de que mis cosas no giran en torno a mi ombligo. Quizá a eso mismo se refiere Eleonor cuando me dice que es un cambio de vida lo que debo hacer y no una pérdida de peso.

Voy hacia la puerta de mi vecino y espero que me abra él mismo y no Rodrigo porque, con todo lo que está pasando, por un momento, hasta que he tocado a la puerta, no me había acordado de que el bombero me había llamado “preciosa”.

–Estás aquí. –Algo en el cielo no debe estar de mi parte porque es Rodrigo quien me abre la puerta y, para colmo, no lleva camiseta. ¿Es que no tiene suficiente ropa en su maleta o algo por el estilo? –Pensé que no volvería a verte después de haberte dicho eso y que ellos rompieran. –Con el bombero me pasa algo extraño e inaudito. Que es un hombre guapo es una realidad como un

piano pero, con él, me sale una actitud borde y provocadora que yo misma no conocía de mí.

–Estás de suerte. –Sonríe ante mi ocurrencia. –Necesito un favor. –Hace una semana posiblemente ni si quiera me hubiera atrevido a dirigirle la palabra y, ahora, me siento imparable. –Necesito que vengáis a cenar a mi casa los dos. –Eleva un poco las cejas y me pregunto por qué es tan misterioso. Me resulta atractivo. Si pensase que me dijo enserio lo de que me consideraba guapa, quizá... –Mi prima está algo deprimida y quiero animarla. –Me iba a guardar para mí el resto de la información.

–Claro, a Zac también le vendrá bien salir. –Veo pasar a Zac por detrás algo furioso. Imagino que debe ser doloroso estar pasando por una ruptura porque es una doble pérdida, la de tu pareja y la de una de tus mejores amigas.

Estoy tan nerviosa que sólo puedo intentar imitar paso a paso y con mucho tiempo por delante todo lo que hace la chica que estoy viendo en un tutorial de youtube. Es lo que tiene sólo haber cocinado fritos y algunas cosas más. Para mi sorpresa no es tan complicado como parecía. Cierto es también que el video se llama “La cena perfecta explicada para negados”. Queda bastante bien y me esmero en preparar la mesa, meter bebidas en el congelador y hacer unos platos de entrantes. Patty está entusiasmada desde que se lo he dicho e incluso me ha dado un beso en la mejilla. Sé que ella va a ir a por los dos para intentar ligárselos pero, por alguna razón, ya no me preocupa tanto. Todo va a salir bien en mi plan. Ella va a darse cuenta de que no somos tan diferentes y vamos a apoyarnos mutuamente.

–Prima. –Es la primera vez que se dirige a mí sin ningún insulto sobre mi peso. –Gracias por hacer esto. –Dice justo cuando suena el timbre. –Sé lo que estás haciendo. –Me sonrío y me siento automáticamente mejor. Es una chica inteligente que, simplemente, se pone la coraza de idiota perdida.

–Hola chicas, gracias por la invitación. –Zac entra animado y me cuestiono si está fingiendo o cuando pasas por una emoción tan fuerte te vuelves bipolar. –¡Qué buena pinta tiene todo lo que hay en la mesa!

–La verdad es que sí. –Añade Rodrigo.

Los invito a sentarse en la mesa dejando que Patty elija primero sitio. Evidentemente se coloca enfrente de Zac. No le piensa dar tregua. Rodrigo queda frente a mí y lo noto algo dubitativo mientras comenzamos a comer. Arroz, patata, ensalada y filetes. Bastante cantidad que me hace quedarme completamente saciada sin sentirme gorda. No puedo creerme, después de cada comida que hago, que haya sido tan sencillo cambiar. ¿Es que nadie podía haberme tendido la mano antes? Descarto ese pensamiento porque no es bueno enfocarse en los pocos aspectos negativos que tiene mi cambio que, básicamente, es el hecho de no haberlo realizado antes.

–Voy a ir lavando los paltos. –Lo digo y me levanto para darle algo de intimidad a Zac y a Patty que parecen estar hablando animadamente sobre algo. Les viene bien distraerse aunque, sinceramente, no creo que acaben saliendo.

–Te ayudo. –Rodrigo se pone a mi vera dedicándose a secar los utensilios que lavo. El silencio que se establece entre nosotros empieza a ponerme nerviosa. Por una parte quiero decir algo ingenioso y, por otra parte no quiero que se sienta incómodo. –Tengo que decirte algo. –Se me cae el tenedor que estoy lavando al fregadero.

–Si vas a decirme que estoy guapa, no lo digas. –No sé muy bien por qué le pego el corte pero se me hace tan raro recibir cumplidos.

–Iba a decir que mañana por la mañana me voy ya a mi casa y que me ha encantado conocerte. –Vaya, eso me deja fría y no sé qué decir. –Espero que volvamos a tener contacto pronto. –¿Por qué tiene que irse tan pronto la única persona que parecía ir dándose cuenta de mi cambio? ¿No podía quedarse y llamarme guapa en más ocasiones?

–Claro. –No decimos nada más y les acompaño a la puerta donde Patty sigue sonriendo como una tonta.

–Ha sido genial. –Comenta cuando ya estamos solas. –¿Te ha dolido que se haya ido Eleonor, no?

–Asiento levemente. –¿Quieres que mañana te acompañe yo a comprar a la verdulería? –Le digo que sí con múltiples asentimientos de cabeza justo antes de que mi madre entre por la puerta.

En mi cuarto me dedico un rato a pensar lo fácil que es, en cuanto se intenta, ponerse en el lugar de otra persona. Yo, que siempre me he quejado de que nadie me entendía, no me había dedicado

jamás a intentar entender las situaciones de otras personas. Quizá era eso lo que llenaba la vida de cosas interesantes y valiosas en realidad. Consolar a una amiga por teléfono porque aunque sabe que ha hecho lo correcto le cuesta enfrentarse de nuevo a su vida. Ayudar a un familiar que no está pasando por su mejor momento. Invitar a unos amigos a cenar sin pretensión alguna. La vida, resultaba por momentos estar llena de cosas necesarias.

Como si me llamase alguna clase de voz en mi cabeza caigo en algo a lo que he estado dando vueltas últimamente. Yo me siento mejor conmigo misma y eso está siendo muy bueno para mí. ¿Por qué no entonces mostrarme tal y como soy?

Espero con los cascos puestos en mi habitación a que el receptor de la llamada se decida a descolgar. Quizá es un poco tarde y está durmiendo aunque, a esta hora, suele estar jugando.

–Ey. –Kugami está animado al otro lado del teléfono. –¿Qué te cuentas Riuka?

–He pensado que podíamos vernos. –Lo suelto de golpe sin pensarlo demasiado para no echarme hacia atrás. Él me lo ha propuesto durante años y, sin embargo, ahora está bastante callado.

–Eso es genial. –Uy. Respiro fuertemente. Menos mal. –Aunque ahora mismo estoy en el extranjero. –¿Es eso una excusa? Ha pasado muy poco tiempo pero, a lo mejor, le ha dado tiempo a reflexionar sobre como soy o la relación tan imaginaria que tenemos. –Vuelvo en veinte días. – No sabía exactamente de dónde era pero sí tenía conocimiento, al formar equipo, de que éramos de la misma provincia. –¿Quedamos entonces?

–Claro. –Me muerdo el labio nerviosa, ponerle fecha a ese momento es tan emocionante como inaudito.

El dos de septiembre, a las siete de la tarde, en el cine del centro histórico Mizuki. Esa es nuestra fecha de encuentro y yo fui corriendo a apuntarlo en mi calendario. Tenía veinte días para hacerme la idea de que viera como me viese tenía que ser ya el momento de quitarnos los avatares virtuales.

## CAPÍTULO 9

He estado preparándome veinte días para esto y, aún así, no he decidido que ponerme. Patty está sentada en la cama pendiente de cada cambio de vestimenta que hago. Hemos estado afianzando

nuestro buen rollo haciendo cosas la una por la otra. Puede que hasta hace un mes no nos consideráramos ni familia pero eso ha cambiado.

–Creo que la negra te queda bien. –Unos vaqueros claros, una camiseta negra marcada en el pecho pero un poco más holgada en la tripita que, a pesar de haber bajado mucho, seguía allí en menos medida. –Ponte pendientes largos, quedan bien con la cara así más redondita. –No me sentí nada ofendida e incluso le hice caso mientras me pinté los labios.

Conducir hasta allí me da tiempo para pensar en qué decir. Tengo que actuar tal y como soy normalmente, casi como si tuviera cascos y viera su avatar. No me quiero quedar cortada pero estoy insegura. Bajo y me coloco justo enfrente de la cartelera donde hemos quedado. Son las siete y no puedo parar de mirar a un lado y a otro. Inevitablemente cuando un chico que está solo me mira y después sigue su camino me pregunto si no será Kugami y está arrepentido de haber venido hasta aquí al verme.

¿Cuánto tiempo se le da de cortesía a alguien cuando se queda? Son las siete y cuarto y no ha venido. O me ha visto y se ha ido. Vaya mazazo. Estoy dispuesta a irme y ni si quiera llorar por ello. Él se lo pierde.

–Riuka. –Me giro de nuevo hacia la cartelera. –No sabía cómo ibas a tomártelo. –Tengo frente a mí a Rodrigo que me acaba de llamar por mi nombre de jugadora. –Creía que te acabarías dando cuenta por mi voz e incluso pensaba que sabías quien era cuando me dijiste de vernos...pero ya veo que no. –Sonríe y se raca la nuca. No puede ser.

–Eres bombero. –Digo como si eso explicase por qué no puede ser Kugami.

–Ya. Soy ambas cosas. Tengo días de guardia, días libre...Como todo el mundo. –Mira a un lado y a otro mientras yo intento asimilarlo.

–¿Cuándo te diste cuenta? –Pregunto intentando obligar a mis pulmones a volver a respirar.

–En cuanto te oí por primera vez. –Empieza a andar y le sigo. –Una curiosa coincidencia que mi mejor amigo se mudase al lado de mi chica virtual. –¿Mi chica? Ay...que vergüenza me está dando. –Amanda, no cambia nada que nos hayamos conocido antes de tiempo. ¿Quieres ir a jugar a los bolos? –Asiento sin conseguir articular palabra. Se me ha tragado la lengua el gato o algo.

–¿Por qué juegas tanto? –No puedo evitar preguntarlo cuando por fin consigo quitarme el nudo de la garganta.

–Intento compaginar todo lo que me gusta hacer. –Eso estaba bien, supongo. –Pero no jugaba tanto hasta que te conocí. –¿Soy una mala influencia? –No aceptabas a gente en tu equipo que no entregase la vida y fui viendo aspectos que me gustaban de ti. –Me llevé las manos a la cara y todo de lo roja que me estaba poniendo. ¿Qué le podía gustar de mí? ¿Se había mirado en el espejo? Por mucho que yo ya me sintiera cómoda...Él era un bombón. Una dulce tentación.

–Cállate y vamos a jugar. –Le digo haciendo que pare. No puedo asimilar tanto de golpe.

Tiro el último bolo y gano la partida. Como si por un momento se me olvidase que él es Rodrigo y no Kugami le abrazo celebrando la victoria. Su fuerte torso está pegado a mi pecho y sus manos rodean mi cintura. Sonríe mostrándome todos sus perfectos dientes blancos. Me quito azorada.

–¿Has venido en tu coche? –Dice al salir.

–Sí. –Me muerdo el labio mientras andamos porque no sé cómo actuar. ¿Si él y yo en el juego éramos como más que amigos, ahora que nos conocemos...es una cita?

–Pues si me llevas contigo me quedo donde Zac, tengo el fin de semana libre. He estado haciendo un curso intensivo en Alemania. –Oh, vaya, eso es genial.

En el camino de vuelta a mi pueblo me pone la mano en el muslo mientras conduzco y yo rezo porque no haya nada en la carretera de improvisto porque no sé si seré capaz de reaccionar.

–Pues ya estamos aquí. –Rodrigo se queda mirando a la luna que está saliendo ya. –Buenas noches Rodrigo.

–Amanda. –Me llama y me giro aunque ya estoy introduciendo la llave en la cerradura de mi casa.

–¿Si yo hubiese sido sólo Kugami y no me hubieras conocido como Rodrigo primero...me habrías dejado besarte esta noche?

–Puede ser. –Cierro la puerta y me quedo apoyada en ella como la protagonista de una comedia romántica que no se puede creer lo que acaba de pasar.

Como no podía ser de otra manera, me pasando cosas de Amanda, mi madre y Patty me pillan en esa patética actitud optimista. No puedo más que reírme de mí misma y subir emocionada a mi

habitación. Si Rodrigo me ha preguntado eso significa que, aun sabiendo quién soy, sigue queriendo besarme. ¿Cómo sabrán sus labios?

No puedo parar de pensar en ello y concluyo que tienen que saber a melocotón. ¿Lo averiguaré en algún momento? Espero que sí. Le envió un mensaje a Eleonor preguntándole si puedo llamarla y contarle mi cita con Kugami y me dice que, por supuesto.

–¿Sabías que Kugami era Rodrigo? –Por el grito de sorpresa que mete imagino que no. –Pues resulta que lo es. Hemos jugado a los bolos y lo hemos pasado muy bien. Creo que le gusto aún sabiendo quién soy y cómo soy. –Oigo que tiene intención de hablar varias veces pero se calla. – ¿Qué pasa Eleonor?

–Yo...bueno... –Sigue dudando y yo no puedo más que ponerme de los nervios. –Quiero que entiendas que esto no tiene nada que ver con tu físico Amanda. Y no dudo de que le gustes a Rodrigo porque eres muy mona. –¿Por qué tengo la sensación de que me va a romper en mil pedazos? –Pero creo que has malinterpretado su amistad con gustarle. –¿En qué se basa para decir eso? Siento ganas de colgarle pero no tengo ninguna duda de que ella siempre mira por mí. Quizá es ese el único motivo por el que no le cuelgo y le dejo de hablar. –Rodrigo tiene novia, Amanda. –Y ahí está. El golpe que no puedo soportar ni creerme. –¿Amanda estás ahí?

–Sí, sí. –Intento respirar para que no se note que estoy llorando. –Era una broma, tranquila. –Se ríe entonces y le digo que le devuelvo la llamada por la mañana aunque sé que estoy mintiendo.

No sé cuánto tiempo llevo mirando por la ventana de mi cuarto intentando remitir las ganas que tengo de mandar todo a la mierda y, además, comer. No es justo para mi cuerpo ni si quiera que lo piense y eso es lo único que me detiene. No me calmará comer porque lo que tengo roto es el corazón. Ha sido él quien ha insistido en conocernos todo este tiempo. Es él quien sabía quién era yo por mi voz. Y es él quien me ha dicho esta noche lo del beso. ¿De qué va? ¿Por qué juega así conmigo?

Mi parte racional, la poca que tengo, me grita que quizá él daba por supuesto que no le tomaba enserio en lo que decía. Pero es la otra parte de mí la que me preocupa, la irracional y visceral que me dice que vaya a gritarle y darle un bofetón que me haga sentir bien. Paseo por la habitación

intentando calmar la ansiedad hasta que estoy tan cansada que tengo que dormir.

–¿Prima estás bien? –Patty me zarandea un poco visiblemente preocupada. Me he despertado temprano pero he preferido volverme a dormir. Seguramente es más tarde de lo que pienso. – Rodrigo ha venido a casa. Está abajo esperándote. Le he dicho que estabas en la ducha para darte algo de tiempo. –Me levanto sin saber bien qué decirle a mi prima así que sonrío para que se vaya.

Bien. Haré esto sin que nadie se dé cuenta de las ganas de llorar que tengo. Voy a ducharme, vestirme, salir con él y descargar todo lo que tengo dentro en algún lugar lejano frente a él para asegurarme de que le queda claro que no vamos a ser amigos.

No reconozco la decisión que veo reflejada en mi rostro al mirarme. Ya no voy a ser nunca más esa chica que se compadece así misma.

–Estás muy guapa. –Es lo primero que me dice Rodrigo al verme bajar la escalera y me contengo para no tirarle lo primero que pille a la cabeza. –Me preguntaba si quieres ir a dar una vuelta. – Voy junto a él. Supongo que está esperando a que diga algo pero necesito controlar lo que siente mi corazón al verle para poder explicarle lo que mi cabeza piensa. –¿Pasa algo? –Se detiene bajo un cerezo que hay al terminar mi calle.

–¿Te puedo preguntar algo? –Inicio de nuevo la marcha porque quedarme mirándole plantada no va a hacer que las mariposas asesinas paren en mi estómago.

–Claro, si eso decía, que estás muy callada. –¡Tendrá morro!

–¿Tienes novia, Rodrigo? –Se planta y me mira con una emoción muy clara en el rostro. No necesito más confirmación para saber que es cierto lo que me dijo Eleonor. ¿Por qué me va a mentir ella de todas formas?

–No es lo que piensas. –Como si yo fuera capaz de pensar algo.

–Si no pasa nada. –¿Por qué miento e incluso intento sonreír? –Sólo es una curiosidad.

–Una de las últimas veces que te pregunté si querías quedar y me dijiste que no, me planté en ese pensamiento. Estaba seguro de que nunca aceptarías y que, por lo tanto, poco sentido tenía esperar que pasara algo entre nosotros. –¿Puedo enfadarme por algo así? ¿Qué autoridad tengo? –Fue algo

imprevisto conocernos y quería profundizar sin darte ese dato. Lo siento. –Respiro hondo intentando encontrar la madurez que me digo que he ido cogiendo en este tiempo.

–Es genial que tengas tiempo para ser tantas cosas al mismo tiempo y además enamorarte. –Me quiero ir a mi casa. –Y es un placer poder ponerle por fin la cara al avatar de Kugami. Lo demás son detalles que no habíamos previsto porque, bueno, era improbable que nos conociésemos. –Rodrigo se mete las manos en los bolsillos. Está visiblemente incómodo aunque ese papel me tiene que corresponder sólo a mí.

–¿Todo está bien entonces para ti con eso? –NO.

–Sí. Somos amigos. –Así son las cosas y es la hora de madurar. No me voy a volver a quedar sola y encerrada por circunstancias sobrevenidas.

–Vale. Hablamos entonces. Tengo que irme. –Rodrigo se va sorprendentemente rápido sin dejar que me despida ni darme tiempo a réplica. ¿Por qué me da la sensación de que se ha ido enfadado? ¿No he sido buena gente y comprensiva? ¿No había quien entendiera a los hombres!

Camino cuarenta y cinco minutos tranquila y sola. No me he traído la cámara de fotos ya que había pensado que iría acompañada, pero mis retinas agradecen cada imagen de naturaleza que observo. Aprovecho para sentarme un rato en el banco a escuchar música y hablar por mensaje con Eleonor que parece que ya empieza a hablar con Zac en modo amigos. ¡Ojalá sea cierto! Si consiguen no dañarse al verse podremos quedar todos y salir cuando tengan tiempo libre. Por no hablar de que también podría comentarle que Patty va a por todas con el vecino. ¿Le gustará de verdad? Puede ser. No porque Zac sea terriblemente guapo sino porque es muy simpático.

–Perdona. –Una chica toca mi hombro y me quito los cascos, sobresaltada. –¿Eres Amanda? –Intento buscar en el registro de mi mente si conozco a la chica de algo y no me suena. –Mi nombre es Daniela, ¿puedo sentarme? –No digo nada. Es un banco público así que no tiene que pedirme permiso pero... ¿de qué me conoce? –Soy la novia de Rodrigo. –¡Éramos pocos y parió la abuela! ¿De dónde ha salido la chica cual palomita explotando en el microondas? –¿Eres Amanda no? –Repito ante mi estupefacción.

–Sí, sí. Encantada. –¿Para qué le habla de mí? –¿Puedo ayudarte en algo? Rodrigo creo que está

en casa de Zac en este momento. –Omito decirle que, al menos, se iba como un toro hacia allí cuando hemos terminado de hablar. –¿Llevas mucho por aquí? Digo, no te había visto.

–No. En realidad he llegado hace un rato. –Qué casualidad. ¿Habrá venido persiguiéndole hasta aquí ante sus escapadas de fin de semana? Aunque imagino que yo también lo haría si volviera del extranjero y prácticamente se fuera otra vez de viaje sin dedicarme atención. –Zac me ha dicho que os habíais ido a dar un paseo y como más o menos me había dicho como eras pues... he probado a ver si eras tú. –¿Qué le había dicho? Porque deducir de una descripción que la primera gordita que te cruces en un pueblo sería Amanda... Me da la sensación de que sabe más de lo que me dice.

–Sí, me ha acompañado un rato pero después me ha dicho que tenía cosas que hacer. –Sonríe cayéndome mal por momentos. – ¿Si le veo le digo que le estás buscando? Es que me van a cerrar la carnicería. –Miento como una bellaca para huir cual zarigüeya que se cuelga en un árbol.

–No, no. Si he venido en realidad a hablar contigo. –¿Perdona? ¿Me va a montar una escena de celos o algo así? No estoy preparada para ello. –Quiero que me enseñes a jugar a mazmorreros. – De todo lo que podía haberme imaginado que me iba a decir nunca hubiera esperado eso. ¡Por el amor de dios! Se me va a salir el corazón con tantas emociones. –Como me ha dicho varias veces que es una gran casualidad haberte conocido como vecina de su amigo cuando has sido tantos años la capitana de su equipo y que eras la mejor jugadora...Quiero darle una sorpresa aprendiendo a jugar. –¿Es eso bonito? Imagino que sí.

–Claro, puedo hacerlo. –Sólo quiero meterla en la lavadora y ponerla a centrifugar, pero, por el momento, lo mejor es darle mi teléfono y pensar con calma en la tranquilidad de mi hogar. –Ahora tengo que irme.

Doy un rodeo para que no vea que no he ido a comprar nada y que me he vuelto directamente a mi casa. Mi madre está feliz haciendo un bizcocho. Nunca me hubiera imaginado que para que ella estuviera bien sólo necesitaba que yo estuviera más integrada en la sociedad. Cojo a Patty que intenta saborear el bizcocho del hombro y le hago un gesto de cabeza para que me siga arriba. Lo hace sin dudarle llevada por la curiosidad que intuye del cotilleo que traigo. Espero a que se

siente en la cama y se lo cuento todo.

–¿Y quiere que le enseñes a jugar? –Agita las manos y se tapa la boca en plan “que fuerte”. –

¿Rodrigo lo sabe?

–Pues no creo, si es una sorpresa. –Deduzco mientras le doy vueltas a una pelotita de goma anti estrés. La vida de una nueva adulta normal es muy complicada.

–Pero le ha hablado de ti. Quizá de verdad él no se había planteado nunca que os conocierais. – Patty lanzando un cable a favor de alguien es toda una novedad.

–Yaa. Si pensándolo bien yo también creo que es exactamente así, pero...ahora... ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ser amiga de ambos y desearle lo mejor? –Esa idea, incluso al decirla, me daban ganas de vomitar. Rodrigo me gusta. Y lo hace por muchas más cosas que por su envidiable físico. Después de nuestra cita yo... me estaba planteando probar con él algo más que una amistad.

–No, no. A ver, que pobre Daniela y eso pero si él está aquí otra vez es porque quiere verte. – Patty me anima a que le levante el novio pero no es como si yo viera bien ese tipo de cosas o como si siquiera supiera llevarlas a cabo.

–No sé. Creo que debo averiguar en realidad si él me gusta antes de ponerme en plan leona para ir a por él. –Declaro.

## Capítulo 10

### 2 Meses después...

–Daniela y Rodrigo han roto. –Eleonor me cuenta la noticia por teléfono en un tono neutro. Ese tono en el que se cuentan las cosas de la vida cotidiana. –Se veía venir. –Aclara.

No escucho nada más de todo lo que me dice, pobrecita mía, pero es que no puedo parar de darle vueltas a lo que me ha dicho. Yo me siento satisfecha con la decisión que tomé dos meses atrás. Enseñar a jugar a Daniela y no meterme en la relación que ella tiene con Rodrigo. También me había propuesto seguir siendo amiga de Rodrigo pero eso no ha pasado exactamente así. Simplemente, jugamos juntos en el mismo equipo pero se ha rompió algo entre nosotros al saber que no podíamos ser nada más que amigos.

Sigo haciendo mi tabla de ejercicios parándome a respirar en los momentos que me toca. Nunca había imaginado que centrarme en la salud de mi mente y de mi cuerpo iba a ser tan bueno para mí. Patty también se cuida pero eso es más mérito de Zac que suyo. Ella sigue el método de la insistencia para todo en su vida y bueno, le funcionó. Yo la veo bien con esa relación.

Paro a hacerme un zumo de naranja. Bajo los tres pisos y pillo a mi madre abrazándose con un hombre. Guau. Eso es nuevo e incómodo. ¿Cómo actúo?

–Uy, Amanda. Este es Rogger. Un amigo. –Sonrío y le tiendo la mano. Es curioso como cuando una misma se siente bien todo le cae mejor.

–Os dejo conversar. –Me subo con el zumo riéndome sola de cómo soy tan inoportuna.

Pienso en llamar a Rodrigo pero me suena tan urraca ir a atacar sin saber ni cuando han roto exactamente. Además, él no me ha dicho nada utilizando el chat del juego. Como si algo se pusiera en sintonía con mis pensamientos allí arriba recibo un mensaje en mazmorreros de Kugami. Salto hasta mi silla del ordenador y abro el mensaje.

“Kugami solicita al jefe de grupo un informe evaluativo para buscar otro clan”

Parpadeo varias veces sin poder creerme lo que estoy leyendo. ¿Por qué quiere irse del clan ahora? Si lo hubiera hecho hace dos meses tendría sentido pero ahora que incluso ha cortado con

Daniela...No lo entiendo. Me muerdo las uñas intentando calmarme porque de lo único que tengo ganas es de pedirle unas explicaciones que, en realidad no me corresponden. Respiro hondo antes de llamarle por teléfono directamente. ¿Para qué hacerlo a medias tintas?

–¿Si, dígame? –¿Me va a venir con esas de que no tiene guardado mi número de teléfono? ¿Pero qué le pasa?

–Soy Amanda. –Intento calmarme apretando la pelota anti estrés que parece un folio de fino de lo mucho que estoy apretando. –Quería saber exactamente que deseas que ponga en tu informe de valoración. –No dice nada. –Por si quieres que destaque alguna habilidad en concreto. –Vuelvo a intentar sonsacarle.

–Pues con que pongas lo básico y que he desempeñado bien las funciones me vale. –Está inusualmente serio.

–¿Te pasa algo conmigo? –Empiezo a sentirme ofendida por cómo se desarrollan los hechos. No es como si entre nosotros las cosas fueran peor o yo hubiera tenido la culpa de algo de lo que quiera que le haya pasado con Daniela.

–No. Y por lo visto a ti conmigo tampoco. –¿Eso es una puya? ¿A cuento de qué?

–Si quieres decir algo simplemente dilo, que yo ya estoy firmando la carta y luego ya no tendrás oportunidad. –Pienso bloquearlo en cuanto terminemos de hablar. ¿Qué necesidad hay de pasarlo mal?

–No sé, pensaba que lo habíamos pasado bien todos estos años, que teníamos una conexión especial. Nos conocimos y estaba seguro de que nos gustábamos. –Dice.

–¿Pero si eres tú el que tenía pareja! –Es que me parece ridículo lo que está diciendo.

–Dijiste que estaba bien. Me diste a entender que no te importaba mientras yo buscaba la forma de acabar con la relación sin que saliera herida. Me fui alejando y resulta que tú le enseñas a jugar a mazmorreros para que tengamos más afinidad. –¿Yo había hecho eso?

–Perdóname por no tener experiencia en estos líos adolescentes. –No sé cómo ha pasado pero ya no me siento enfadada y estoy sonriendo. ¿Es el amor lo que hace fácil olvidarme de lo que me ha sentado mal?

–Te perdono. –Se me hace fácil imaginarme como sonrío también él al otro lado del teléfono. –  
¿Crees que es buena idea volver a empezar? –Lo medito bien antes de responder.

–Creo que debemos darnos un tiempo. –Yo misma me sorprendo de llegar a esa conclusión. –  
Ahora que he aprendido a vivir, necesito vivir sabiendo que no empiezo algo porque lo veo como  
mi única oportunidad. –Las lágrimas se agolpan en mis ojos aunque sé que estoy haciendo lo  
correcto.

–Está bien, Amanda. Lo entiendo. Espero que vaya bien todo el tiempo que no hablemos. –  
Cuando oigo los soniditos de que la llamada se ha cortado, me deshago en un diluvio de agua. Es  
lo correcto.

¿Cómo voy a sucumbir a mi primera tentación para estropear la amistad más duradera que he  
tenido? Bueno, si era sincera, mi primera tentación había sido Zac y su cuerpazo llegando a mi  
jardín. Pero, quitando eso, la única oportunidad realista ha sido Kugami, o sea, Rodrigo.

Ahora que me siento bien no voy a centrarme en nadie más que en mí y si tiene que ser, ya acabará  
siendo. Abro el armario dispuesta a hacer lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo,  
deshacerme de toda la ropa talla extra grande que, si antes ya me iban enormes, ahora que estoy en  
el peso en el que me encuentro bien, no me veo para nada con ellos. Por no recordarme además  
que me solía vestir con ropa de hombre. Eso se acabó. Meto todo en bolsas que después daré en  
montones donados a la caridad por si alguien puede aprovechar algo.

Estoy dispuesta a ir de compras. Es algo que no me gusta a priori, pero tengo la sensación de que  
esta vez va a ser totalmente distinto. Simplemente porque cuando me veo en el espejo de la  
entrada para salir, me veo guapa. Mi prima va de copiloto encantada con el plan. Bromea con  
comprarse conjuntos sexys para impresionar a Zac. Les está saliendo sorprendentemente bien el  
salir juntos. Quién lo hubiera dicho.

–Eso te queda fenomenal. –Dice Patty cuando me pruebo un vestido de corte elástico. No me  
hubiera atrevido para nada antes a ponerme algo así. No puedo decir que sea provocativo, pero  
llega sólo hasta la rodilla y tiene algo de escote.

–A ti eso también. –Le digo cuando se prueba una camiseta. Sigue estando delgada pero su aspecto

es saludable y con vitalidad. Me alegro tanto de estar en esta situación con ella. Riéndonos y teniendo una relación de familia sana.

–¿Has visto lo bueno que está el dependiente? –Me fijo y me río. El mundo exterior está lleno de tentaciones y ahora me iba a permitir conocerlas, admirarlas y saborearlas. –¿Sabes lo que deberíamos hacer?

–¿Proponerle una cita? –Me río de la ocurrencia mientras pagamos y salimos de la tienda.

–Hacer esto todos los días 6 de cada mes. –¡Me encanta! Una salida obligatoria. –¿Nos hacemos unas fotos? –Asiento antes de que nos metamos en el fotomatón.

Ha sido un día genial en el que he podido descubrir muchas cosas sobre mí misma de nuevo aunque el sabor que tengo es agrisado porque también he tomado una decisión inconscientemente. No volveré a entrar en el juego ni a remover nada que haya nacido de él. El mundo está ahí fuera y tengo que tomar lo que me ofrezca. ¿Significa eso que nunca más veré a Rodrigo? Probablemente y por eso no estoy del todo bien. De hecho, Zac se va a volver a mudar porque no se encuentra a gusto en un pueblo tan alejado y, con él, va a llevarse a Patty dejándome más sola.

–¿Mamá, podemos hablar? –Se sorprende pero acepta sentándose frente a mí en la cocina. –He estado pensando mucho en lo de que se vaya a ir Patty y en mi nueva...vida social. Creo que ha llegado el momento de vivir sola. –Creo que me va a decir que me he debido de volver loca pero sé lo que estoy diciendo. Tengo que aprender a vivir sola. Encontrar un trabajo, integrarme en un grupo. Crecer, en definitiva.

–Me parece muy buena idea. Te aconsejo que busques cerca de universidades que tienen mejor ambiente juvenil. –Se levanta para regular la temperatura del bizcocho de zanahoria que tiene en el horno. –De hecho, es una estupenda noticia. Rogger y yo estábamos pensando en...pasar algo más de tiempo juntos. –Nos cogemos de la mano sonriendo teniendo una complicidad que no habíamos tenido desde que yo era pequeña. Todos empezamos a ser mucho más felices.

Sólo empaquetaré lo imprescindible y me decidiré a hacer algo que me guste. No volveré a ser el ancla que detenga a nadie y jamás volveré a castigar mi cuerpo.

## Capítulo 11

### 1 Año después...

Vivir en el centro de una ciudad grande, una vez que te acostumbras, es maravilloso. No necesitas el coche para ir a ningún sitio ya que andando se llega a cualquier parte. Ahora que me gusta tanto caminar y me he hecho mis rutas me encanta salir a hacer distintos recados.

Vuelvo de comprar la fruta de la semana y me paro frente al ascensor de mi edificio. Normalmente subo por las escaleras pero llevo demasiado peso para que eso sea una buena idea. El cartero llega y se pone nervioso al verme. Me ve guapa, al parecer, y eso le hace ponerse como un sonajero que no da ni una al intentar poner las cartas en los buzones. Para su suerte llega el ascensor y me subo dejando que haga bien su trabajo. Un ruido y un semi golpe me hace gritar. ¿Qué demonios pasa? El ascensor se ha parado y yo no estoy segura de no ser claustrofóbica. La verdad es que nunca me había quedado en un ascensor. ¿Lo puedo tomar de alguna forma como algo positivo? Lo dudo. Toco a la campanita de que se encuentra donde los botones y espero, lo más paciente que puedo, a que alguien me conteste. No va. El maldito botón no va y eso sí que me hace entrar en pánico.

–Oye. –La voz del cartero. –¿Has llegado bien? –Algo debe haber oído.

–No. Estoy encerrada. Avisa a alguien. Por favor. –Al menos sé que alguien sabe que estoy aquí y no me voy a morir aquí. Qué dramática soy.

El tiempo pasa mucho más despacio de lo que me gustaría. Mi mala suerte no tiene límite. Siento que me voy a desmayar en cualquier momento. En el año que llevo viviendo sola he aprendido a vivir por mí misma y hacer cosas que me hagan sentir bien, pero eso también me ha llevado, de alguna forma, a pensar que todo tengo que hacerlo yo, y verme encerrada en una situación en la que no tengo ningún control...No me gusta nada. Me siento en el suelo obligándome a respirar. ¿En un ascensor se me puede acabar el aire? Mejor será no pensar en eso si no quiero desmayarme de verdad.

–Oye, que ya van a sacarte. –Volver a escuchar la voz del cartero me suena a bendición del cielo.

Ha traído ayuda. Quizá aunque no me guste de ese modo tenga que invitarle a cenar como compensación.

–Póngase en una esquina del ascensor, por favor. –La voz que escucho es terriblemente sexy y autoritaria. Le obedezco y me tapo los ojos por si acaso. ¿Qué van a hacer para sacarme? Oigo un ruido metálico proveniente de la parte superior del ascensor. –Amanda. –Me destapo los ojos y encuentro una cara conocida frente a mí. Rodrigo vestido de bombero. –¿Te encuentras bien? –Asiento con la cabeza y dejo que me coja para sacarme del cubículo. ¿De todos los bomberos que puede haber en el mundo cómo ha hecho el destino que sea precisamente Rodrigo quien venga a salvarme? –¿Necesitas algo? –Me dice una vez fuera al ver que no reacciono.

–Estoy bien. –Me he quedado tan muda al verle. Está exactamente como recordaba y eso que ha pasado un año. Está guapísimo y sigue teniendo esa sonrisa de dientes blancos tan perfectos. –¿Cómo tú por aquí? –¿Podía haberle planteado una pregunta más estúpida para iniciar una conversación después de tanto tiempo?

–Pues ya ves, le ha tocado a mi unidad tu aviso. –No noto rencor en su voz.

Cuando le dije que necesitaba un tiempo tenía una intención real de hablarle cuando estuviera segura de que él no iba a ser ningún juego por aquello de ser el primero que me hacía caso. He estado saliendo, he tenido amigos especiales y...he conseguido estar preparada y segura de mí misma. Pero, había pasado tanto tiempo que me parecía injusto hablarle de nuevo. No sabía cómo hacerlo así que lo fui dejando hasta casi no tener esperanza de volver a hablar con él. Y ahora está aquí... Mira a sus compañeros que le hacen gestos.

–¿Vives aquí? –Asiento con la cabeza. –¿Paso a ver si estás más tranquila cuando termine mi turno? –Vuelvo a asentir.

Se va y caigo en la cuenta de que hemos quedado. ¿Cuándo termine su turno? ¿Y eso cuándo era? Subo corriendo a mi piso y de lo nerviosa que estoy no puedo meter la llave en la cerradura. Atino por fin y me pregunto si tengo que hacer algo de comer, cenar o picar. Decido preparar una ensalada, tener muy localizadas las patatas y frutos secos. Pongo a enfriar bebida y hasta hago una lasaña por si se tuerce comer ponerle un toque de calor. ¿Por qué quiero causarle tan buena

impresión si, en realidad, ya nos conocemos?

Me ducho, me rizo el pelo y hasta me cambio tres veces de ropa. ¿Puedo ser más ridícula? Seguramente. Suena el timbre y salto del sofá, literalmente. Es Patty.

–¡Prima! ¡Sorpresa! Hemos venido a verte– ¿Hemos? –Zac está abajo aparcando el coche. –Me alegro pero... ¿tenía que ser hoy? –¿Qué te pasa que tienes esa cara de espárrago amargo?

–Necesito que os vayáis. –Así, sin anestesia. –Estoy esperando a alguien. –Aseguro mirando el reloj aunque no sé ni por asomo a qué hora estoy esperando a Rodrigo.

–¡Anda que avisas! ¿Quién es el afortunado? –¿Le digo lo de Rodrigo con el follón que me ha dado durante este tiempo con que le hablase y yo a ella con que no era el momento?

–Ya te lo diré. Vete. Por favor. –Le apresuré sin darle tiempo ni si quiera a Zac a subir prometiéndole que ya la llamaré en cuanto acabe mi cita misteriosa. Que de misteriosa tiene poco y de cita menos.

Me viene a la cabeza nada más cerrar si tendrá novia en la actualidad. ¿Y por qué me viene eso ahora? ¿Sigo pillada después de tanto tiempo? Suena el timbre y me pregunto qué se le habrá olvidado a mi prima. ¡Qué inoportuna!

–Hola. –¡Rodrigo! Se pone las manos en los bolsillos de los vaqueros y me da dos besos. –¿Estás mejor? Quedarse encerrada puede ser algo agobiante. –No si viene semejante bombón a salvarte.

–Estoy bien. –¿Otra vez digo lo mismo? ¿Qué me pasa? Tengo ganas de preguntarle tantas cosas y no me sale nada.

–Ha pasado mucho tiempo. –¿Un reproche? –Bonita coincidencia. –Se sienta en mi sofá y no paro de darme golpes mentalmente por no ser capaz de hacer que fluya la conversación. –¿Qué es de ti? Estás muy guapa. –¡Ay, dios mío! ¿De verdad ha dicho eso? –Había llegado ya a la conclusión de que no volveríamos a vernos. –Mi corazón late como un reloj que pierde el compás.

–Yo también. –No hace falta que recalque yo misma que es mi culpa. ¿No? –¿Y estás contento de que nos hayamos encontrado por casualidad? –¿Puedo decir que es una forma sutil de intentar averiguar si está soltero?

–Muy contento. –Se rasca la nuca nervioso. –¿Vives sola? –Responde casi esperando que sea yo

quien diga algo pero no estoy segura de qué quiere que diga.

–Vivo sola y estoy soltera. –Mierda. ¿Y mi filtro? Quizá no tengo la paciencia que esto requeriría pero es que ahora que lo tengo en mi sofá, sonriendo, mirándome, no me imagino volviendo a dejar que se vaya y aceptar que desaparezca de mi vida.

–Eso... está bien. –¡Genial! Le parecía bien. –Yo también vivo solo. –¿Me quiere decir que no está libre entonces? –Y también estoy soltero. –Casi salto de alegría aunque me quedo clavada en el sofá sin saber qué hacer. –Me alegro de haberte visto porque se me olvidó darte una cosa hace un año. –Se acerca a mí y no me lo puedo creer cuando su boca inunda la mía haciendo que mi corazón pegue saltos mortales.

–Sabes exactamente como me había imaginado. –¿Cómo se me ocurre decir eso justo después de nuestro primer beso?

–Lo has imaginado... –Se destornilla en mi sofá y me pregunto cómo puede ser tan mono. –Tú también sabes exactamente como lo pensaba. –Estoy casi cien por cien segura de que lo ha dicho para consolarme y eso aún me gusta más.

–Siempre estoy haciendo cosas de Amanda. –Le digo en alto haciendo que siga riéndose. –Y diciendo cosas peores. –Lo bueno de Rodrigo es el equilibrio de él con Kugami, habíamos hablado tanto por el juego que teníamos esa confianza que conferían los años de relaciones ante las cosas vergonzosas, ya la teníamos.

–Son las cosas de Amanda las que te hacen tan especial. –Acarició con sus dedos largos y finos mi mandíbula dibujando el perfil. –He conocido a muchas mujeres. –¿Para qué me da esa información? –Pero a ninguna la hubiera esperado tanto tiempo. –Respiro con dificultad sin poder evitarlo. –Es la forma que tienes de vivir las cosas a tu manera lo que me hace reír y me enamora. –¿Ha dicho que le enamoro!

–Pues no tendría yo la tarde para decirte porque me gustas tú a mí. –Me atrevo a ser yo la que le bese a él.

–¿Sabes que en el fondo no has cambiado nada? –He perdido peso, aprendido a vivir sola, empezado a trabajar... Algo he tenido que cambiar. –Digo de lo que tú siempre has sido. Tu avatar

de hecho se parece mucho a ti. A tu yo verdadero. –Eso es tan bonito... ¿Cómo consigue ruborizarme así, con dos o tres palabras?

–¿Y qué quieres hacer? –¿Por qué me ha sonado eso tan sexual cuando me refiero a nuestra relación?

–¿Te gustan los dulces, Amanda? –Pues... Vaya pregunta. Anda que si no me gustaran hubiera llegado a estar como estaba. Ahora, evidentemente, me seguían gustando pero los tomaba en dosis aconsejables y con las pautas adecuadas. ¿Qué me quería decir con ello?

–Son una tentación, desde luego. –Digo escuetamente esperando que le valga esa respuesta. –Pero yo decido lo que dejo que me tienta. –Sonrió como si hubiera dado la respuesta correcta que me hiciera llevarme un millón de euros.

–¿Dejarás que yo sea tu tentación para ser tú la mía? –Su cercanía me abrumba y sus brazos me envuelven.

Es curioso como hay personas que llegan a tu vida pareciendo que van a ser fundamentales como hizo Zac y sólo son trenes de paso, conductos hacia otras cosas que te ayudan a avanzar. Y sin embargo, el caprichoso destino, me puso a Kugami hace tanto tiempo que sólo el miedo me impidió ver lo que me ofrecía.

–Estoy estudiando por las mañanas de entre semana nutrición. –Digo como si me hubiera preguntando mientras seguimos abrazados en un espacio temporal incierto. –Y por la tarde trabajo en un sitio de comida rápida. –Una irónica realidad.

–Tú haciendo cosas antagónicas. No me sorprende. –Me mira con cariño y sin juzgarme lo más mínimo. En realidad, no tiene nada de malo porque la comida rápida en su justa medida, tampoco es perjudicial. Eso sí, nunca como comida única a modo estudiante desenfrenado o deprimida como era yo antes.

## Capítulo 12

### 3 Años después...

Voy al taller de nutrición de adolescentes en el que me he volcado desde que terminé mi formación. Soy feliz con lo que hago. Enseño a gustarse a uno mismo. A entender que cada cuerpo es diferente y que lo que importa es estar saludable.

Veo la sala llena y sonrío. A veces, pese a que no es el tema principal, hablamos de amoríos y de juventud. Entiendo que lo necesitan y no quiero que ninguno de ellos se sienta jamás solo. Aquí tienen mi apoyo como si fuera una amiga mayor para que afronten los cambios, las depresiones, las malas situaciones familiares y todo lo que les puede llevar a una mala relación con la comida.

–¿Y por qué cortasteis Kugami y tú? –Afianzo la relación con mis alumnos hablándoles de mi propia experiencia hasta la sinceridad más absoluta. Protejo al menos la identidad de Rodrigo manteniendo el nombre de su avatar. Cuando llego al punto de contar la ruptura sólo les digo que cada uno cogió su camino, pero insisten.

–Porque hay un momento en la vida en el que te das cuenta de que el primer amor ha sido bonito pero ha terminado. Ves otras tentaciones, quieres otras vivencias. Tu novio se convierte en tu mejor amigo. –Es así. Así fue. Hubo un momento en el que le dejé ir. –Y ahora, vamos a centrarnos en por qué creemos que nuestros padres son pesados cuando intentan ayudarnos.

Me dedico en cuerpo y alma a que intenten entender que novios puede haber muchos, momentos pueden haber malos pero padres, solo unos. Algunos me dicen que sólo asisten por mis anécdotas, pero sé que somos una gran familia. Muchos se sienten identificados con el inicio de mi historia, otros se animan a elegir un equipo cuando hablo de mi vecino buenorro y de su amigo misterioso. Pero aún no he cerrado los capítulos de mi vida. Tendrán que aceptar que Kugami fue el primero y fue bonito mientras duró. Ahora, estoy dispuesta a seguir haciendo lo que a mí siempre me ha gustado llamar: Cosas de Amanda.

FIN

## **Agradecimientos:**

Me gustaría dar las gracias a todas esas personas que creen en el amor a pesar de los tiempos que corren. Y que, además les gustan las historias sabiendo que son eso, historias.